



Amsterdam Avenue

GABRIELA POLIT DUEÑAS

colección **[dis]** locados

AMSTERDAM AVENUE

Gabriela Polit Dueñas

colección **[dis]** locados

literalpublishing

Diseño de portada y contraportada: DM
Diseño de interiores: DM

Este libro fue posible gracias al apoyo del Humanities Research Center y la School of Humanities de Rice University.



Primera edición 2017

D.R. © 2017, Gabriela Polit Dueñas

D.R. © 2017, Literal Publishing

Crestón 343,
México, D.F., 01900

5425 Renwick
Houston, Texas, 77081
www.literalmagazine.com

ISBN: 978-1-942307-23-5

Ninguna parte del contenido de este libro puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso de la casa editorial.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Piedad Guerra	9
Milonga bella	17
La perra	25
109 Amsterdam	31
Mentira	45
Engracia	51
El espía	63
Fiesta	71

Piedad Guerra

Mi nombre es Piedad Guerra. Tengo cuarenta y cinco años y riego el jardín de mi casa todos los sábados a la mañana. Es mi actividad favorita. He visto crecer estas plantas desde hace más de veinte años, cuando mi esposo Severo Paz y yo compramos esta propiedad con un dinero que nos dejó papá al morir (compramos la casa sin deuda). Si alguien quiere saber los nombres y apellidos, las historias y los secretos de las dalias de esta esquina, del arupo que creció contra todo pronóstico, de las gardenias que florecen hacia el final de la primavera, de la enorme magnolia que ahora me abraza con su sombra, sólo tiene que darse el tiempo de pararse en esta esquina conmigo un sábado a la mañana. Yo le contaré todas las historias y se enterará de que nada ha cambiado. Nada.

Yo soy la misma mujer de hace veinte años, aunque más vieja, menos impulsiva y quizá más callada, pero me paro con la misma postura encorvada, miro con el mismo asombro las flores que me han crecido y contemplo mi vida con la misma perplejidad.

Hace unos meses Severo y yo decidimos que a nuestra vida juntos le había llegado la fecha de expiración. La decisión la tomamos con una tranquilidad casi inaudita, sentados en la sala de casa, los hijos habían salido y nos sorprendimos aburridos, molestos incluso por la presencia del otro. Entonces Severo abrió una botella de vino y me ofreció una copa. La conversación fue triste, pero muy real. No nos confesamos la falta de amor, ni nos hicimos reproches. Fue un llanto interno y silencioso en el que cada uno se enrolló hacia adentro sin saber cómo mirar al otro. Después, por la tristeza qui-

zá, o por el vino, y luego de acordar que hablaríamos con Alegría, Justino y Caridad, nuestros hijos, y les diríamos que Severo se iría de casa en las siguientes semanas, terminamos revolcándonos en el sillón de la sala. Fue una situación bizarra en la que ninguno de los dos supo reconocerse, a tal punto que cuando nos poníamos la ropa, lo único que logramos hacer fue pedirnos perdón, como si en vez de amarnos nos hubiésemos agraviado. A la mañana siguiente Severo lo describió con precisión: “fue buscar placer en el último sorbo de café”.

En ese momento sus palabras fueron tristes, pero semanas después cobraron otro sentido, porque la taza quedó llena.

Yo atribuí mi atraso a la llegada de la menopausia. El cambio de vida. Fui donde mi médica y le conté que me había llegado el momento, incluso le pregunté si debía pensar en la posibilidad de tomar hormonas. Yo había sido muy regular hasta que cumplí cuarenta y cuatro. El mismo mes de mi cumpleaños, el periodo empezó a llegar cuando se le ocurría. Hasta le dije a mi médica que me sentía perdida en mi propio cuerpo, sin saber cuándo mi mal humor era mal humor y cuándo era el advenimiento del periodo. Me acuerdo que ella corrigió mi reporte y me dijo que las dos cosas son lo mismo y que también son diferentes. “Ni tu mal humor lo puedes atribuir al periodo, ni tu periodo es el origen de todos tus males”.

Quiero aclarar que mi médica es una feminista que insiste en que la patología del cuerpo femenino es un síntoma de nuestra cultura y que la falta de patologías en el cuerpo del hombre no indica que no las tenga, sino que sus males no son objeto de investigación científica ni de chistes de salón. Una vez me instó a que hiciera un trabajo de investigación simple y preguntara a los familiares, esposas, madres, hijos, hermanas, cuñadas, sobrinos de los hombres entre los cincuenta y sesenta años, y que me encontraría con historias de testigos presenciales de la tendencia casi universal entre los hombres a tener un humor de mierda. Todavía no sé si creerle.

Dicen que las plantas también tienen género, a juzgar por las mías, yo puedo decir que todos tenemos humores y hasta entre las plantas, más que hembras o machos, hay días y días, o por lo menos sé que entre mis plantas hay sábados y sábados.

Cuando mi médica me dijo que no podíamos tomar decisiones sin antes hacer exámenes de sangre, de tiroides, de orina, etc., me pareció normal. Había que medir los niveles de estrógenos y otras hormonas y ver en qué estado estaba mi menopausia, si es que había llegado.

Salí de su oficina tranquila y de buen humor porque la médica siempre me hace reír. Días después me llamó a su consultorio. Yo pensé que sería para decirme cuáles eran las opciones de tratamiento hormonal. Salí de mi trabajo un poco aturdida. Severo ya se había mudado a un departamento de un ambiente no muy lejos de casa, quería estar cerca de los chicos, sobre todo de Justino que tiene doce años y es muy pegado a él. Yo estaba procesando su partida y, pese a que fue un trato de mutuo acuerdo, no entendía por qué lo que hacía pocas semanas me era un estorbo: su manera de tomar el café, los gestos simples con los que despedazaba el pan para remojarlo en el resto de la sopa, las caras de bobo al lavarse los dientes, el sonido de su enjuague bucal al despertar, desde que se fue me habían dejado un vacío enorme. Sí. Estaba reconociendo a la mujer que yo era sin él. Estaba haciendo mi duelo y en ese proceso, sentía la necesidad enorme de tenerlo de vuelta en casa con todos sus sonidos y sus gestos, y al mismo tiempo, de dejar de verlo del todo. Por esa contradicción que me habitaba no quería tener que arreglar con él los horarios en los que podía ver a los chicos y los que prefería que no. (Yo había sido muy clara desde el inicio; una vez ido, no podría llegar a casa como si fuera la suya, tendría que anunciar sus visitas y juntos teníamos que coordinar horarios). En todo caso, aunque el arreglo era lo mejor, a mí se me hacía pesado tener que hablar por teléfono con él para coordinar a qué hora llegaría a recoger a Justino y todavía más

incomodo me resultaba tener que atrasar la hora de llegada a casa para evitar encontrarlo. Sí. Reconozco. Me daba tristeza. No que me dieran ganas de abrazarlo y pedirle que se quedara, no. Mi tristeza no llegaba hasta ese extremo. Pero me daba nostalgia. Su partida de pronto me pegó como el síndrome de olvido inmediato. Olvidé su mal humor. Olvidé el tono de su voz al hablarme. Olvidé los gestos despectivos con los que me trataba frente a los chicos. Su indiferencia cuando yo decía algo. Olvidé su sarcasmo hiriente. En esas semanas estaba haciendo el duelo por el hombre que él había dejado de ser hacía años, el paciente, el cariñoso, el atento escucha, el solidario. En ese estado de duelo llegué donde la médica buscando, quizá, un poco de consuelo en sus historias locas y en sus diagnósticos ideológicos. Cuando entré a su consultorio me di cuenta de que algo estaba mal.

Piedad, me dijo, ¿tienes un amante? Por su puesto que su pregunta me sorprendió. No me la esperaba. No estoy lista para que me presentes a nadie, le dije. Ella sabía que me había separado. Ahora pienso que volver a ser pareja de alguien no va a pasar nunca. Y si pasa, no es el momento. No. Insistió seria. Te lo pregunto porque estás embarazada.

Me gusta pararme en la misma esquina del jardín y dar vueltas en mi propio eje. Como la tierra. No se por qué, pero desde que compramos esta casa y descubrí la perspectiva que se tiene desde ese lugar, me di cuenta que había encontrado el espacio físico de mi punto de vista. Desde ahí se ve la cocina desde un costado, se puede observar quién está abriendo la refri o sirviéndose alguna fruta. Por el lugar que ocupa la pared de un costado, la persona que está en la cocina no puede ver que está siendo observada. También se ven las ventanas de los dormitorios de los chicos y cuando están abiertas, se puede escuchar la música que oyen, o los gritos que se pegan unos a otros. Caridad tiene quince y le tiene muy poca paciencia a Justino, que busca diferenciarse de ella, Y DE MÍ, con bastante aspereza. Solían ser íntimos compañeros de juego, de fútbol, tocaban música juntos.

Hasta que Caridad entró a la adolescencia. Alegría siempre fue un mundo aparte, distante de todos. Creo que fue la indiferencia con la que Alegría los veía lo que hizo que los dos menores se hicieran tan compinches. En cualquier caso, todos en casa saben que cuando yo salgo los sábados al jardín a regar mis plantas, no estoy. Es un momento de privacidad, de recogimiento, de reflexión en el que no admito a nadie. En eso Severo siempre fue cómplice, porque desde pequeños, hizo que los niños respetaran mi momento semanal.

Ese sábado después de la noticia de mi embarazo lloré tanto que pensé que el agua de la manguera fue malgastada. Pero al pasar los días me fui haciendo el lavado cerebral. Empecé a reconciliarme con la idea de tener un bebé en casa. Fantasé con la armonía de los sentidos que se vive cuando nace la criatura y todo es caricia, el regocijo de rozar la piel del otro, el amor hecho tacto. Fue otro momento de olvido inmediato. Olvidé las malas noches, los gritos, la etapa de aprender a caminar, los pañales. Sí. También hay alegría en esos momentos, pero criar a un niño sola no sería fácil. Severo no estaba en mis planes.

El embarazo avanzó sin problemas ni molestias. Mi única mortificación era cómo decir lo que había pasado a Severo y a los chicos. ¡Qué mensaje estábamos dando a nuestros hijos! Después de todo lo que nos había costado decirles que nos íbamos a separar. Lo que nos habíamos esforzado por darles la certeza de que nuestra vida en pareja no tenía camino pero que seguiríamos siendo una familia y que tanto Severo como yo sabíamos que no queríamos cambiar el lugar que ocupábamos en la vida de ellos, etc. ¿Cómo decirles que iban a tener una hermana o un hermano? Eso era lo único que me mortificó en esas semanas. Y no quise decírselo a Severo porque conocía sus arrebatos. No quería lidiar con su mal humor, con la manera poco serena con la que reacciona cuando la situación sale de su control, cuando tiene que pedir consejos, direcciones, o cuando tiene que hacerse cargo de algo que no llega a entender. En fin. La noticia

tenía que venir con la solución y yo no tenía energía para tomar otra decisión drástica. Lo del embarazo además, me permitía un espacio de fantasía, la espera me llegaba como un tiempo de construcción, imaginaba lo que compraría para el bebé, la decoración del cuarto donde es mi oficina para que fuera el suyo. Disfrutaba el embarazo, estado del que tanto disfruté cuando tuve a mis hijos.

Todo iba de maravilla hasta que un sábado, mientras regaba la magnolia, de pronto sentí que me bajaba el periodo. Fue seguir el recorrido por mi vientre de un coágulo de sangre enorme, como jamás había sentido. Fue tan fuerte que tuve que sostenerme en la magnolia y el impulso me obligó a ponerme en cuclillas. Me bajé los calzones y vi cómo esa masa de sangre coagulada que era el bebé había decidido quedarse entre mis plantas.

Creo que nunca cambió mi vida de manera tan vertiginosa como en esos meses. No tuve que contar lo del embarazo a nadie. Llamé a mi médica, me hizo el raspado y volví a la primera base: la nostalgia del hombre que había dejado de tener a mi lado por más de dos décadas y la búsqueda de una mujer que tendría que empezar a ser. Puede sonar arrogante u omnipotente, pero es verdad que el duelo por Severo era la excusa para no reconocer la pereza que tenía de tener que armarme sola. La pérdida del bebé fue un remezón que me dejó más triste y más vacía que antes.

Los adolescentes de casa no eran de mucha ayuda. Caridad estaba peleada con el mundo, con sus amigas, con su papá, con su hermano Justino, pero sobre todo, conmigo. Al parecer nuestra separación hizo que encontrara en Alegría una aliada. Justino, en cambio, se sentía solo. Más que antes y más que nunca. Era el único hombre de la familia. El sí que procesó nuestra separación como un abandono de Severo y, al parecer, se lo hacía saber cada vez que estaban juntos. Severo quería quejarse conmigo, pero yo no lo toleraba. Tenía claro que nuestra comunicación debía ser estrictamente logística. La crianza de los niños tenía lineamientos generales, ponerle límites a

Justino comprendiendo las circunstancias. No dejar que Caridad pasara mucho tiempo donde ciertas amigas, etc. Solucionar de la mejor manera el carácter sombrío de Alegría.

Para mí, era suficiente hacerme cargo de lo que me tocaba. Justino pasaba por esa etapa de odio, de vergüenza, de intolerancia, de soberbia frente a mí. Yo no era sino una señora vieja, poco atractiva, bastante tonta e inoportuna. La mejor muestra de su aversión fue la noche en la que fuimos a la casa abierta en el colegio. Es la noche de regreso a clases después de las vacaciones largas, cuando los maestros se presentan a los padres y dicen lo que esperan durante el año lectivo. En fin. La noche de casa abierta Justino me dijo que no quería ir al colegio conmigo. Que prefería ir con su amigo Alex y sus padres. Entiendo que vas a estar ahí, mamá, dijo, pero por favor no exageres cuando me saludes delante de todos.

Justino, el niño que hasta hacía pocos meses no quería soltar mi mano cuando caminábamos en la calle, y que pedía pasarse a mi cama si tenía miedo..., ¡hacía tan sólo tres o cuatro meses! En ese momento Justino acabó con el resto de lo que quedaba de mí. Alegría y Caridad habían pasado por momentos similares, pero yo no había perdido un bebé hacía pocas semanas, ni me había separado del padre. Además, cuando ellas lo vivieron yo tenía el consuelo de un hijo menor que con sus mimos me sacaba del pecho el dardo de aquella crueldad.

Después de la pérdida del bebé no volvió a llegar el periodo.

Pensé que escribiendo esta historia se me haría más creíble. Nadie la conoce entera, o no la ha visto desde todos sus ángulos. A mi hermana le conté lo de la separación y lo de la pérdida del bebé, pero mi mamá sólo sabe lo primero. Nadie sabe las batallas con los hijos, porque cada una libra la propia. Severo nunca supo del bebé y la verdad, ahora no quiero que sepa nada de mí.

Sí, nuestra separación es bastante civilizada, pero en las últimas semanas me he puesto a pensar que toda civilización ha tenido sus esclavos y pesa sobre ciertos hombros más que otros. En esta historia

son los míos. A veces quiero mandar a Severo a la mierda, cuando me entero que no hace sino salir todas las noches, o cuando les dice a los hijos que vayan con él a la playa los fines de semana largos, o cuando me cuentan que se echa una canita al aire con alguna chica joven con ganas de aventura. Y me pregunto, ¿por qué yo no hago lo mismo? Sí. Estoy cansada.

Pero él y yo vivimos separaciones distintas. Los chicos viven conmigo de lunes a viernes. Yo soy la que me encargo de sus desayunos, cenas y almuerzos. Yo estoy pendiente de sus tareas. Yo controlo los tiempos que cada uno tiene para jugar con el teléfono o textear a sus amigos. Yo llevo el fardo de lo cotidiano y si me queda un tiempo libre, cuando los hijos van donde Severo (nunca a pasar la noche porque, sorprendentemente, él no tiene espacio en casa) sólo quiero dormir. El trabajo es cada vez más pesado y siento que lo hago con menos placer. Me siento vieja y no lo soy. Tengo cuarenta y cinco años y lo que más me gusta es que sea sábado a la mañana para salir a regar mis plantas. Mis plantas crecen sin darme tanto problema, me escuchan sin contradecirme, me dejan llorar y perder un bebé sin decirme palabras de consuelo que sonarían irracionales o cursis. Me dejan tocarlas, si eso me place. Ellas, mis plantas, saben que ese sábado cuando dejé mi sangre entre sus raíces, mi cuerpo se hizo otro, también mi alma. Quizá en mi vida anterior fui una magnolia, o un rosal espinoso, o un pedazo de hierva en el rincón remoto de algún potrero olvidado.

Ahora soy Piedad Guerra.

Milonga bella

Todo sucedió por la milonga, ella la seguía como los niños de pueblo siguen al circo. Los viernes iba a la Belle Époque en la 11 y Broadway, los sábados por la mañana al Chelsea Marquet, los domingos a La Nacional en la calle 14. Fue así como conoció a los asiduos. Carlitos ocupaba el lugar central, con su pelo engominado, sus trajes ajustados y ligeramente antiguos que lo hacían ver como hombre de otra época. Eso y los zapatos de cuero brillante con un final de punta cuadrada. Bailaba en la medianía de los 40, no era alto, ni buen mozo, ni esbelto, pero era un gran milonguero. Ella lo admiraba. A Carlitos eso nunca lo sorprendió, sabía que sus horas frente al espejo, su pasión por el tango y la facilidad con la que enganchaba parejas a las que guiaba como un dios en la pista de baile, lo hacían especial. Pero su atractivo estaba sometido a la milonga. Cuando iba de civil, con jeans, chaqueta y las canas al aire volando detrás de la cuadrilla de albañiles que trabajaban para él en su negocio de construcción, era un argentino como cualquier otro. En ese ambiente su arrogancia era insoportable. En la milonga, en cambio, se le permitía todo.

Ella era bajita, con una melena castaña hasta los hombros, los ojos pequeños y las manos delgadas. Daba la impresión de ser una niña fuera de lugar. Demasiado delgada para la sensualidad del baile, demasiado simple para la complejidad del amor y sin curvas que mostraran el asomo de alguna historia prohibida o el secreto de una vida oculta. Pero lo suyo era la milonga.

Tenía tres vestidos que se los ponía por turnos, el negro, el rojo y el floreado. Se las arreglaba para modificarlos con un pañuelo en

la cintura, con un encaje sobrepuesto, con un descocido a un lado, entonces los tres vestidos se multiplicaban como los peces de la parábola y de cada uno salía una historia. El vestido floreado lo usaba en días especiales, como cuando le dijeron que habría milonga bajo la terraza de la fuente Bethesda en el Central Park. Fue un viernes abrigado de primavera en el que ella, como siempre, llegó, se arrimó a una columna, observó cuál sería su lugar y al fin se sentó en la esquina que le permitiría admirar el baile. Esa noche los milongueros estaban tomados por la música y pese a la rugosidad del cemento, se deslizaban como volando en una nube. De pronto una avalancha de hombres y mujeres en bicicleta asomaron por los enormes arcos de la cava. Bailarines y ciclistas se miraron sin reconocer el placer ajeno y un oscuro silencio se cruzó presagiando un inminente desastre.

—¿Qué hacen?!—, preguntó ufana la líder de los ciclistas.

—¡Bailamo!—, contestó Carlitos en tono de arrabal. —¿Y ustedes?

—¡Paseamos!—, blandió su espada la ciclista. Se miraron desafiantes Carlitos y la mujer, milongueros y ciclistas, cada uno reclamando su diversión como territorio en disputa hasta que del fondo de los arcos se escuchó un grito redentor.

—¡Sigamo!— Era el DJ que echó a rodar a la multitud.

Para asombro de todos los que veíamos aquel duelo en el parque, la luna en su cuarto menguante pareció sonreír.

Fue el vestido negro abierto en un tajo que le cruzaba el muslo el que usó en la milonga de la Belle Époque la noche que Carlitos la invitó a bailar.

—No bailo—, le dijo. —Vení—, insistió él tomándola por la cintura. Hecho cargo. —Yo te enseño—. Ella no tuvo tiempo de responder antes de que el brazo de Carlitos la tuviera enroscada y el sonido del bandoneón la arrastrara por el susurrante piso de madera. Trastabilló. Una lenta gota de sudor le recorrió la espalda, se le crisparon las manos. Carlitos quiso tranquilizarla. Detuvo el ritmo de sus

pies y con sus manos firmes en la cintura le dio una clave para que ella pudiera hacer el ocho con el cuerpo paralelo al suyo. Ella falló. —No puedo—, dijo; —yo no sé bailar. Prefiero mirarte—. Se dio la media vuelta y volvió al rincón de donde él la había sacado. Carlitos quedó con las manos levantadas en medio del salón y el papelón de aquel desplante lo avergonzó. Ella supuso que el rey de la milonga jamás se lo perdonaría. Pero como suele pasar, sólo hizo que de ahí en más Carlitos no dejara de mirarla.

En ese tiempo se multiplicaron las milongas porque se unieron a ellos grupos de bailarines que venían de las academias que proliferaron por toda la ciudad. Mujeres anglosajonas, rubias, con cirugía, confundían el exotismo de los bailes y no lograban distinguir el atuendo de la salsa y el de la milonga. Buscaban la sensualidad de esos ritmos tan distintos como si la lejanía de su lugar de origen los hiciera iguales. En vez del traje ceñido al cuerpo con el corte que dejara en libertad la pierna, usaban polleras amplias, usualmente demasiado cortas y con estampados de colores fuertes para ir a la milonga. Su falta de orientación no hacía justicia a su pasión por el baile. Fueron ellas quienes organizaron milongas para un grupo reducido. Lo hacían en sus casas, en sus oficinas o en las de amigos. Una de ellas vivía en el mismo lugar donde tenía un taller de muñecas, en la calle 19 y Broadway. Al ático de ese amplio espacio lleno de enormes ojos inermes, cabellos crispados y cuerpos de plástico, subió la milonga cada miércoles.

Ella, como siempre, buscaba el rincón desde donde disfrutar del baile. Uno de esos miércoles se acomodó con el vestido rojo al que le había puesto una franja gris en la cadera para darse aspecto de flapper y dejó que sus zapatos casi sin usar apuntaran a la pista. Carlitos hizo de cuenta que ella no estaba. Ella nunca notó aquella pretendida indiferencia.

La noche transcurrió con magia propia. Algunas parejas experimentaban nuevos pasos y al final de cada tema, casi todas se mezcla-

ban y repetían los pasos aprendidos hasta moverse en círculos gigantes cuyo ritmo arrastraba el mobiliario, levantaba las cortinas de los ventanales, agrandaba las miradas atónitas de las muñecas y sacudía los adornos de las mesas como sólo lo hace un temblor de tierra. Ella miraba arrobada y se dejaba llevar por el compás de aquellos ojos girando en la pista, arrastrada también por una belleza que no necesitaba de palabras y que le parecía imposible compartir.

Cuando terminó aquel éxtasis colectivo salieron en grupo. Eran cerca de las once de una noche de invierno, ventosa y oscura. Todavía con los espíritus tomados por una turba dionisiaca, caminaron por la 19 hacia la estación de metro en la 18 y la Sexta. Ella no se percató de la presencia de Carlitos, por eso cuando él se acercó sigiloso por la espalda y le susurró al oído que fuera con él a su casa, pegó un salto y no pudo contestar. Después de que el asombro terminara de bajar por su garganta, contestó en un suspiro. No puedo. Mañana trabajo.

En la milonga del viernes en la Belle Époque se pasó la voz que el siguiente martes bailarían en el piso de Carlitos. Ella fue. Esta vez se puso el vestido rojo con dos apliques en las mangas que visto de frente la hacían ver como una asiática antigua, pero el dobléz en las costuras de la espalda abierto en un atrevido escote hasta la cintura desmentía la imagen. Como todos los milongueros, llevaba sus zapatos de baile en un bolso pequeño; la diferencia es que los suyos seguían nuevos. Nadie hubiera entendido el placer que sentía en aquel preámbulo del baile, el ritual de preparar el vestido, de pintarse los labios y guardar los zapatos en el bolso. Nadie hubiera sospechado que su reto las noches de milonga era encontrar el ángulo perfecto desde dónde mirar. Nadie hubiera entendido que para ella el placer no era bailar.

El departamento de Carlitos era el tercer piso de una fábrica antigua. En un elevador manual se pasaba por dos plantas que hacían de depósitos de muebles, de inodoros, de alfombras, de material de construcción. Carlitos había arreglado aquel lugar y lo había habili-

tado para vivienda, aunque el inmueble no tenía los permisos municipales para serlo. Por un extraño acuerdo con el dueño podía vivir, sin serlo, como los ricos del Soho.

El piso era amplio, unos hermosos tablonces de madera cruzaban el suelo brillante, la cocina reciclada estaba junto a una puerta de madera con vidrios en damero que separaba su dormitorio de la sala. Al otro costado, una puerta igual pero sin vidrios, clausuraba una entrada o una salida. En el área central del departamento cabían con facilidad treinta o cuarenta milongueros, pero el grupo de los selectos no pasaba de veinte y seis. Veinte y siete con ella.

—Pensé que no vendrías—, le dijo Carlitos cuando la vio entrar. —Vine a la milonga—, contestó seca. Enseguida se cambió los zapatos y encontró el mejor rincón desde donde mirar. En algún momento Carlitos se acercó y en un tono de súplica le dijo que se quedara esa noche, que quería enseñarle algo. —No quiero aprender a bailar—, dijo ella casi molesta. —No. No es el baile lo que quiero enseñarte—, insistió Carlitos. —Prométeme que te vas a quedar. Ella asintió con la cabeza para salir del paso, y se volteó para seguir mirando la milonga.

Cuando cesó la música era casi la media noche. Había sido otra velada intimidante, conmovedora. Ninguna milonga era igual a la otra, en todas variaba la mágica coincidencia entre la música, el ánimo de los bailarines, el ritmo, la luz y la atmósfera. Como toda obra de arte era la azarosa pero armónica combinación de los elementos.

Detrás de los músicos, de los bailarines, de los diestros y de los aprendices se fue la magia. Con ellos salieron de aquel departamento enorme el ritmo, el coqueteo, la búsqueda de placer y la atmósfera cambió. Supo entonces que algo iba a pasar. No sería una venganza, ni una tregua. Carlitos buscaría explicaciones, quizá haría preguntas. Mirar tenía su precio, ya lo había aprendido. No podía rodearse de belleza sin esperar un contacto, aunque fuera efímero, con alguna forma de dolor.

Cuando Carlitos cerró la puerta, sin mirarla, fue hasta su dormitorio y salió con una llave en la mano. —Te dije que quería enseñarte algo—, dijo acercándose a la puerta cerrada. —Creo que vos lo vas a entender. Evité mirarla. Sólo al ver el temblor de sus manos cuando ponía la llave en la cerradura, se dio cuenta de que estaba a punto de saber más de lo que quería. Él sacó el seguro y sin abrir la puerta se volteó hacia ella.

—Quiero que sepas que lo hago porque quiero. Desde esa noche en La Belle Époque cuando me dejaste a medio baile, te entendí. Descubrí el placer de tu mirada, y la amé. Desde entonces bailo para vos. Hizo una pausa y antes de abrir la puerta, siguió.

—No quiero nada, ¿entendés?, nada. Esto lo hago por mí, por mi necesidad de sacárteme de adentro, porque esta obsesión no me deja dormir, ni trabajar. Sólo sueño con la milonga porque sé que ahí te voy a ver, porque sé que desde alguna esquina estás mirándome. Ahora vas a hacerlo de otra manera.

La voz fue firme pero sus ojos traicioneros dejaron ver la humildad de aquella confesión de amor. Ella intentó decir algo. Él la detuvo con un dedo levantado. Se dio la vuelta y abrió la puerta. Entró a una habitación enorme, casi tan grande como el resto del departamento, encendió las luces. Todas estaban ahí quietas, esperándola. Eran decenas de esculturas de todos los tamaños, algunas hechas en madera, otras en piedra, pocas en metal. Entró a lo que hasta ese momento había sido un panteón, un cementerio de esculturas. Al invitarla a mirar su trabajo, Carlitos convirtió su taller en un museo. Ella se quedó inmóvil, pequeña, indigna, egoísta. Su cuerpo pareció desmoronarse hasta quedar hecho un bulto de arcilla. Pasó así una hora, dos, o quizá fueron minutos sin que ella pudiera procesar la magnitud de lo que la rodeaba. Aquel gesto de Carlitos la había dejado al descubierto. Estaba desnuda, desarmada. Aquel amor era excesivo. No podía soportarlo, su mente era demasiado simple, sus

placeres efímeros, su cuerpo frágil, sus caderas muy angostas, sus senos muy pequeños, sus manos apenas las de una niña. La vida era un instante prestado en el que ella prefería pasar desapercibida, mirando sin compromisos, sin mucho que pensar, sin cuestionar lo que la rodeaba, sin tener que hablar. Por eso se camuflaba en aquello que quería mirar. En ese cuarto enorme en el que cada figura reclamaba ser reconocida, a ella sólo le quedaba permanecer postrada. Carlitos la hacía enfrentarse a algo de sí que ella no quería ver.

Camaron lentamente por entre las piezas y pese a la magnífica composición de muchas de ellas, no sintió placer al contemplarlas. No en ese momento, con Carlitos expectante, mirándola mirar. Ver esas piezas se transformó en una tarea poco placentera, como cuando se entra a una fiesta en la que no se conoce a nadie. Pero ella las iba conociendo, cada una tenía un nombre y una fecha. Las primeras eran de hace más de veinte años. Toda una vida de transformar el material con el que Carlitos hacía casas, en rostros, en cuerpos, en árboles, en flores. ¿Por qué no las había enseñado a nadie? ¿Por qué quería que ella las viera? ¿Qué esperaba Carlitos?

Las más antiguas eran expresiones del rostro de una misma mujer, todas hechas en piedra. Había una serie de figuras abstractas, moldeadas en madera, figuras humanas de entre treinta y cincuenta centímetros de altura, figuras largas y esbeltas como las de Giacometti, pero todas llevaban algo en la espalda, un morral, un trozo de leña, una máquina de escribir, un balde. Hubo más rostros. Un hombre viejo, un niño, cuerpos bailando, la figura de una mujer cocinando. Todas las esculturas tenían un detalle que perturbaba. Cuando estaban por terminar la vuelta, llegaron al busto de una mujer joven. Ella se reconoció en la piedra. Pero en el material la suya era una mirada melancólica. Era el rostro de la nostalgia.

—Esa no es mi manera de mirar—, se quejó.

—Para quienes te vemos mirar, sos así.

—Raro. Yo nada extraño. Todo lo que soy le debo a mi familia,

pero no los puedo tener cerca porque opacan la luz que necesito para mirar. Por eso yo no miro con nostalgia.

Ese hombre le había abierto su vida y ella contestaba exhibiendo una omnipotencia pueril. Su inocencia era cruel. Carlitos se reconoció más viejo, más vulnerable y fue mayor el amor. ¿Y tú, a quién echas de menos? Le preguntó con petulancia. No sé, contestó Carlitos sin mirarla. Quizá al que imaginé que podía ser en la milonga. Y lo fui hasta que llegaste vos. Tu relación con la milonga es rara. Como es la mía con estas piezas. Por eso te traje hasta aquí.

Entonces ella sintió la estocada final. Comprendió que ese hombre que tenía dos veces su edad era también un alma solitaria, incapaz y torpe. Eran dos seres perdidos. Carlitos quería compartir el extravío, eso era lo que él llamaba amor. Pero él era un hombre de una riqueza interior enorme, capaz de crear obras bellas aunque sin intención de mostrarlas. Ella era tierra baldía. El arte en él no era una forma de comunicarse, sino su manera de esconderse. Ella era una cueva. Él confundía la necesidad de esa mirada con una forma de amor. Tuvo la certeza de que ellos no habían nacido para eso. Aún si se quedaba a vivir en aquel salón y se dedicaba a mirarlo tallando aquellas piezas, nunca estarían juntos. Mirar para ella era vivir sin ataduras, sin compromisos, de frente al mundo y sin tocarlo. Para él crear era cerrar la puerta. Sus universos habrían permanecido en alcobas separadas para siempre.

Ella avanzó hasta el interruptor de luz en la pared, lo bajó y dejó el cuarto a oscuras. Es hora de dormir, dijo, incapaz de hacer un comentario sobre las figuras.

Él la siguió y cerró la puerta, derrotado. Le mostró el camino al dormitorio y señaló la cama. Luego fue al living, se acomodó en un sofá y durmió como un hombre en paz. Ella se acostó vestida, con urgencia de que la luz del día le devolviera sus varios anonimatos. Cuando cerró los ojos vio a Carlitos bailando la milonga.

La perra

Manejó las tres horas que separaban la casa de su madre de la suya como si las funciones de su cuerpo hubieran estado en control remoto. Alejada del mundo, de su propio cuerpo, de su estado de ánimo. Sabía que de hacerlo de otra manera podía causar un accidente. Sentía su río subterráneo revuelto.

Llegó con deseos de contar lo que había vivido, lo que había visto en ese paisaje de otoño en sus días más hermosos, de decir que en la caminata de la tarde anterior había recogido un manojo de hojas de todos los colores para ponerlas en el plato de bronce sobre la mesa de la sala, sí, como un adorno. Un adorno que era también una muestra pequeña de la nostalgia. Contar que no recogió las hojas pensando en el ornamento de su casa, sino en las historias que cada uno de esos colores de otoño le provocaban escribir. Un manojo de belleza con el que le había dicho adiós al padre. Era el primer fin de semana que pasaba con su madre después de su muerte.

Al abrir la puerta y exhalar como un aliento de alivio el hola..., llegué, no hubo respuesta. Hola, volvió a decir, esta vez como una exclamación de sorpresa, entonces los holas llegaron desde varios puntos de la casa reventando como el océano en varios ecos. Nadie se movió. Ni la perra que solía salir meneando la cola para recibirla. Puso la bolsa de las hojas sobre la mesa de la entrada y se dirigió con su pequeña maleta de ruedas hasta el cuarto. Ahí estaba su marido con la computadora en los muslos y la perrita echada a su lado. Tac tac tac tac, sonó su cola golpeando la colcha de flores que cubría la cama. Entonces notó unas manchas negras en su hocico y en las

patas y pensó que la alucinación se debía al cansancio. Su marido se levantó y le dio un beso en la frente. Fueron días complicados, dijo. Y a ti te fue bien. Lo afirmó sin preguntar mientras volvía a poner su computadora sobre sus muslos y acomodaba las almohadas en el espaldar de la cama.

Ella se sacó el suéter y fue a las habitaciones de los hijos. La niña de catorce años estaba con el pelo en la cara y por entre las hebras miraba la pequeña pantalla de su teléfono donde tecleaba con cierta indignación. Estoy con Mari, dijo casi sin levantar la cara cuando ella quiso abrazarla. Cuando entró al dormitorio de su hijo varón fue presa de un embiste brusco de amor guardado, te extrañé, te extrañé, sus dieciséis años no le habían mermado ni un poco la emotividad. El de ocho le pidió ayuda en la tarea mientras soltaba un abrazo gigante y cálido. Pero ella levantó la cara y vio las manchas que había visto en la perrita, en la pared y en la cama donde estaba su hijo menor.

No habría historias. El duelo lo tendría que hacer sola. Había perdido su condición de hija mimada y sólo le quedaba la ingrata condición de madre. Desempacó la ropa, llevó lo que debía a la lavandería y colgó el resto en el closet. Miró de reojo a la perra. Tenía una relación conflictiva con ese animalito. Se la habían regalado los hijos en su cumpleaños hacía ya un lustro. Ella siempre decía que en su infancia no pudo tener mascotas porque su madre no se lo había permitido, así que sus tres hijos encontraron la manera perfecta de tener una mascota sin tener que hacerse cargo de ella porque pertenecía a su mamá. En algún domingo que la sacó de paseo al parque donde habían otros perros, la perrita demostró ser cohibida. Cuando ella le lanzaba la pelota en casa, la agarraba y la regresaba a su ama. En presencia de otros perros no se atrevía a tocarla. Dejaba que los demás se apropiaran de su pelota. Si un grupo de perros corría, ella disminuía la velocidad de su carrera y dejaba que los demás sacaran ventaja. Si venía otro perro cuando estaba por meter el hocico en el bebedero para tomar agua, se hacía a un lado. El comportamiento de

su perrita en el parque la sorprendió y siguió con pesar la timidez de su mascota hasta el día en que escuchó una conversación ajena en la que una mujer decía que los perros eran iguales a sus dueños. El comentario la estremeció.

Desde entonces la relación con su perrita fue conflictiva. El pobre animal no sabía por qué, pero al reconocer cómo se comportaba con los otros animales en el parque a ella le resultaba problemática cualquier identificación. Si eso era verdad —que los perros se parecen a sus amos— la perra era esa parte de sí que ella no quería mirar. De la que nunca pudo hablar. Por eso le sorprendió que las manchas negras hubieran aparecido por primera vez en su hocico.

Los días siguientes transcurrieron como lo habían hecho los anteriores, como sucesión de monjes en misa. Pensaba en el padre muerto y no tenía con quien compartir su tristeza. En las conversaciones con su madre se dedicaba a escuchar. Las manchas que ella había visto en la perra, ahora las veía en las paredes cuando cocinaba, en el techo en el momento de ir a dormir, las veía en las baldosas del baño cuando tomaba la ducha, en el piso de madera de la casa, en las piedras del jardín al salir al trabajo, las veía en la computadora cuando quería escribir. Era como si la realidad se hubiera transformado en una piel de dalmata. Las manchas no tenían formas iguales, sólo la intensidad de su negro era inconfundible. A veces incluso, cuando hablaba, la imagen que se le venía a la cabeza era una mancha negra apropiándose de su imaginación, de su capacidad de hablar, de su lengua, de su memoria. No. Esto no era una enfermedad, era una alucinación que atribuyó a su duelo.

Lo extraño era que en su trabajo las manchas no aparecían, tampoco aparecían cuando escuchaba a su madre, ni cuando iba al gimnasio, ni cuando estaba en el supermercado, ni cuando leía en algún café. Sólo aparecían cuando estaba en la casa y al seguirles el rastro, se dio cuenta de que lo hacían en unos lugares más que en otros, en ciertas circunstancias más que en otras.

Se asustó la noche que despertó de golpe porque el negro de la mancha había cubierto todo el espacio de su sueño y cuando se vio postrada en cuatro tratando de explorarlo fue cuando se despertó sudando frío. Supo que el negro era la superficie de su alma, si el alma es el pozo profundo donde se asientan las emociones.

Después de esa noche fatídica, empezó a ver las manchas en su cuerpo con más frecuencia, aparecieron en las manos y los brazos, luego se extendieron por su cuello y cara, y poco a poco se dio cuenta de que la habían invadido por completo. No podía hablar de esto con nadie. Nombrarlo era señalar un síntoma de locura y eso la llenaba de tristeza. Pero la intensidad del negro de las manchas se expandía y lo complicado era que había perdido la facultad de diferenciarse de los demás y del espacio que ocupaba. En su mirada la pierna era la misma extensión negra que la de su brazo, y la forma de su rostro frente al espejo había perdido definición. Era una mancha negra, sin forma y sin textura, en la que era imposible encontrar dimensiones. Dejó de percibir su cuerpo cuando se bañaba, cuando abrazaba a sus hijos, cuando se acostaba para descansar. Era como si se hubiera vuelto ciega para mirarse, para distinguirse entre la gente, para saber el lugar que ocupaba en su casa, entre los miembros de su familia. No. No era que se había vuelto transparente. Los demás la veían y no notaban su desazón por no encontrar su cuerpo en el horizonte de su propia mirada, de su propia vida.

Uno de esos domingos decidió llevar a la perra al parque, y como había ocurrido tantas veces, dejó que fueran otros perros los que atrapaban la pelota que ella le había lanzado para empezar el juego y no se atrevió a tomar agua del bebedero cuando se acercaron otros animales. Una vez más la perra se empeñó en poner en escena la vida de su ama, como una actriz que repetía una rutina para recordarla. Esta vez, por algún motivo, sintió simpatía por la perra. Una simpatía extraña, parecida a la pena. Fue como si de pronto se hubiera sentido unida al animalito por un linaje ancestral y secreto. La acarició con

ternura y en silencio por varios minutos. Se tiró al pasto junto al animal cansado y de pronto dejó de reconocer su cuerpo en el lomo del animal. No era la confusión de las manchas negras entre su mano y la superficie donde repetía su caricia. No. Era que la mancha negra se había apoderado de su mano por completo, la tenía encapuchada, como en una masa sin forma que no permitía distinguir los dedos. Pero eso no era lo peor. Había dejado de sentir su mano, la tenía amortiguada. Se levantó de golpe con deseos de ir a casa, pero le costó mover el cuerpo. Sentía la sangre espesa, la mancha había entrado al circuito de sus venas.

Llegó a casa sin aliento, soltó a la perra de su correa y buscó a su marido para contarle lo que le pasaba. Él estaba en el teléfono y levantó la mano para saludarla y pedirle que no hiciera ruido en un mismo gesto.

Ella tuvo que callar antes de empezar a hablar.

Fue a su cuarto y se miró en el espejo, la mancha había adquirido una forma definida, su pelo se había convertido en dos orejas largas, y su boca era un hocico puntiagudo, habían desaparecido sus pómulos y sus ojos eran dos luces asustadas. Vio sus manos como garras y sus pies con la misma forma. Entonces un impulso brutal le dobló el cuerpo hasta dejarla en cuatro junto a la ventana.

Habían dejado de importarle las palabras.

109 Amsterdam

Lo conocí cuando me mudé al departamento de la 109 y Amsterdam, apenas llegué a New York. Me advirtieron que era una ciudad de calles. Se podía estar en una cuadra limpia y hasta lujosa, doblar la esquina y caminar por un chiquero. Esa era mi cuadra. Al bajarme del metro en la 110 y Broadway, se advertían los negocios donde iban los estudiantes de Columbia, la farmacia, la zapatería, la verdulería. En los edificios de la 110 rumbo a Amsterdam, el tiempo había transformado la vejez en lujo, paredes repujadas, techos altos, puertas de vidrio adornadas con hierro forjado. Amsterdam era otra historia. Frente a mi cuadra en la 109, en la vereda noroeste, había un grocery donde vendían drogas las veinticuatro horas del día. Los chicos que hacían los turnos eran mal encarados, sus rostros se volvían amables sólo después de reconocerla a una como vecina.

La primera vez lo vi en las gradas. Él vivía en el quinto piso y yo en el cuarto. Era un walk-up-building, o sea, un edificio sin elevador. Construido para obreros y gente de clase media que nunca necesitó las comodidades de los otros, los que vivían en la otra cuadra, en edificios con escaleras de servicio y amplios ascensores. Yo alquilaba mi piso a un chofer de bus, se llamaba Guy y era de Puerto Rico. Guy se pudo hacer de ese departamento porque la ciudad los puso en remate a finales de los años 80, cuando eran construcciones abandonadas, destruidas por la indiferencia de dueños y ajenos. Entonces grupos de obreros, choferes de bus, activistas políticos, maestros de escuela, se los tomaron, tenían que poner los servicios básicos al edificio: conexión eléctrica, calefacción, agua y probar que cumplían con los

requisitos de construcción estipulados por la ciudad, para que ésta se los diera a precios irrisorios. Después dependía de cada grupo cómo se repartían los pisos y lo que cada uno hacía con sus metros cuadrados. Guy era diestro con las manos, sabía de plomería, de albañilería, de pintura y de carpintería, así que ese cuarto piso era un lujo. Hasta un yacuzzi había instalado en el baño. Pero decidió alquilarlo y mudarse a Staten Island porque no quería que sus hijas crecieran frente a los vendedores de droga de la 109. En eso llegamos Lara, Naomi y yo y lo alquilamos.

El fin de semana de la mudanza, el *New York Times* dio la noticia del tiroteo que hubo la noche anterior en Morning Side Park, a tres cuadras de casa hacia el este. Después de la mudanza, que la hicimos en una Van destartalada y un carrito de compras, Facundo y yo decidimos ir hasta el parque y cruzarlo en pleno día. Aunque eso es un decir, porque los días de invierno nunca son plenos. Tienen una luz oblicua, son cortos y el frío los hace esquivos. En ese día miserable Facundo y yo atravesamos el parque desde la 110 hasta la 123, después cruzamos hasta el Apollo Theater en la 125. Llevamos la cámara de fotos, soportamos los mordaces gestos con los que los residentes del parque nos marcaron territorio y con disimulo tomamos fotos de los casquillos de balas y de las jeringas usadas que encontramos tiradas por aquellos senderos mal trazados. Facundo no lo admitiría, pero estoy segura de que fui yo y no su cuerpo delgado coronado por una espesa melena rubia, quien nos protegió de aquellas miradas acechantes.

Subir las escaleras hasta el cuarto piso siempre me pareció un exceso, por eso cuando lo vi en las gradas ascendiendo con tanta gracia y tarareando una música desconocida, me llamó la atención. Buenos días o tardes, le dije, y él refunfuñó algo parecido a una respuesta. No me sorprendió su displicencia.

Después lo encontré en la verdulería, en el metro, en el Hungarian café, algunas veces solo y otras acompañado con gente joven.

No era la juventud de sus acompañantes lo que me sorprendió, sino su belleza. Todos, hombres y mujeres, parecían salidos de un catálogo de ropa. Piel tersa, ojos pardos o azules, sonrisas amplias, cuerpos de trazo perfecto. ¿Cómo hacía el hombre para tener esas amistades? Yo trabajaba desde casa, hacía entrevistas por teléfono para el Presbyterian Hospital de Columbia. Entonces lo escuchaba trasladarse de un lado a otro de su apartamento, sabía cuándo entraba, cuándo salía; cuándo tenía visitas, cuándo estaba solo. Como a veces me aburría y no podía hacer entrevistas, empecé a obsesionarme con la vida de mi vecino. Registraba por la mirilla de la puerta los amigos que lo visitaban, muchachos entre los 20 y 25 años, siempre bellos. De vez en cuando venía un hombre viejo como él, los oía escuchando música, quizá bebiendo. Conmigo no hablaba. Con el paso del tiempo me saludó sin tanta displicencia y su gesto fue menos tajante, sin llegar a ser cordial. Pasaron meses, quizá un año. Alguna vez que Facundo vino a visitarme le hablé de mi obsesión y me dijo que no tenía que meterme en la vida de los vecinos. Pero yo no quería meterme en su vida, sólo quería conocerla. Cuando descubrí que Lara y Naomi tenían una relación más cordial con él, me di cuenta de que mi desventaja era mi apariencia. Ellas no tenían ni la juventud ni la belleza de las amistades del vecino, pero eran dos mujeres atractivas, vivaces, con cuerpos esbeltos. Inclusive la vez que Facundo y yo lo encontramos en la verdulería, al verme junto a mi amigo se detuvo a mirar sus ojos verdes y después me saludó con cierta cordialidad. El problema era yo. Entonces mi curiosidad se volvió obsesiva.

Saqué una libreta y un lápiz y empecé a registrar sus movimientos con fecha y horario. Los lunes se quedaba en casa, a la mañana desplazaba los muebles. Como cada departamento en el edificio tenía un diseño diferente, yo no podía saber si los desplazaba en la sala o de la sala al dormitorio, pero los ponía cerca de la ventana que daba hacia la calle. Usualmente entre las 10 y las 11 llegaban uno o dos de

sus amigos, dos varones, dos mujeres, un hombre y una mujer. Casi siempre dos, pero a veces también llegaban de a uno o de a una. Pasaban la mañana escuchando música con volumen muy alto, a menudo instrumental y sobre todo piano. Alguna vez reconocí a Keith Jarrett, pero a veces sonaban pianistas que no me eran familiares. También escuché ópera, siempre cantada por mujeres. Las visitas se iban hacia las 3 o 4 de la tarde. A las 6, salía a tomar café en el Hungarian. Los martes iba temprano a pasear, lo seguí varias veces hasta el River Side Park, eso cuando el clima lo permitía. Usualmente era en otoño y en primavera, no lo hacía en los días muy fríos de invierno ni los muy calientes de verano. Los miércoles venía su amigo, el viejo; lo visitaba por las tardes. Los jueves volvía a estar con jóvenes, pero no se quedaban en casa. Salían a caminar por el barrio. Una vez intenté seguirlos pero decidí no hacerlo porque eran muchos los ojos que podían percatarse de mi presencia.

Nunca supe dónde iban. Los viernes volvía a hacer ruidos con los muebles, a veces me daba la impresión de que rompía algún vaso o algo de cerámica, lo estrellaba con rabia contra la pared de piedra, esa era la columna vertebral del edificio que todos compartíamos. El fin de semana no pude registrar sus movimientos porque Lara y Naomi estaban en casa y me daba pudor hacerlo. Ellas y yo dejábamos los sábados para lavar ropa, limpiar el baño, barrer el departamento, cambiar las sábanas, las toallas. Teníamos una vida en equipo bastante organizada y armónica. Quizá porque nos veíamos poco. Alguna vez escribiré la historia de esa convivencia. La cuestión es que los fines de semana mi viejo se escapaba del control de mi libreta. Un día cometí la imprudencia de dejarla abierta sobre la mesita de la cocina donde yo me sentaba a hacer mis llamadas por teléfono y Naomi vio la prolijidad de mis anotaciones. Qué ordenada eres llevando cuenta de tus llamadas, me dijo. Tuve mucha suerte de que no se fijara con detenimiento en las entradas de cada día y cada hora, porque se habría dado cuenta de que era la libreta de una espía. Desde entonces

nunca volví a sacarla de mi dormitorio. Ninguna de nosotras entró en el dormitorio ajeno. Nunca.

Habría pasado un año y medio, quizá; era julio o agosto. Hacía un calor brutal. Habían declarado a la ciudad en estado de emergencia porque habíamos llegado a temperaturas récord, el aire era pesado, costaba respirar. La humedad era agobiante y el bochorno no le dejaba a una moverse. Yo tenía un pequeño aire acondicionado en mi cuarto, pero el área común de nuestro departamento estaba expuesto a ese calor sofocante de la ciudad. Digo de la ciudad porque el calor de la urbe es distinto al calor del campo; viene con otros olores, con un espesor distinto y su humor tampoco es el mismo. Era sábado y mientras las muchachas hacían la limpieza yo iba a comprar otro ventilador para la sala. Cuando abrí la puerta para salir del departamento y lo vi en las gradas con ese vestido de flores celestes, casi me caigo. Fue tan aparatoso mi tropiezo que él se volteó a mirarme y casi sin energía me esbozó una media sonrisa. Supe que algo estaba mal. ¿Estás bien?, le pregunté. ¿Necesitas ayuda? Hizo un gesto con la cabeza. Entonces agarré la bolsa de mercado que tenía en la mano y me fijé en sus dedos largos, afilados, en el pergamino hundido entre los huesos y las manchas marrones de su piel. También vi sus muñecas anchas, los brazos largos que denotaban la esbeltez de otra época. Era una mujer, como lo fueron los modelos de Picasso, delgadas de huesos anchos, de caras angulosas y temperamentos firmes. Pero ésta no tenía los surcos de las lágrimas marcados en la cara. También pude verle de cerca los ojos, oscuros, profundos. Era una mujer que algún día fue hermosa. ¡Qué doloroso debió haber sido perder la belleza! Puse mi brazo bajo el suyo para hacerle de soporte y la acompañé hasta la puerta de su departamento.

¿Estás bien?, volví a preguntar. Asintió con la cabeza. Noté que estaba avergonzada. Yo era una de las personas a quién ella no hubiera querido mostrar su desnudez, pero estaba ahí: vieja y fea. Qué pesar. Puse la bolsa de compra en el piso y le hice una venia como despido.

Corrí escaleras abajo, corrí queriendo huir de mí, de mi poca misericordia, de mi maligna curiosidad, de mi entrometimiento. Corrí huyendo de esa persona a quien creí hombre y era mujer porque la vejez le había borrado el rastro de su pasado. Quizá él lo había decidido así. Quizá como hombre era más fácil olvidar a la mujer hermosa que fue. Quizá en la vejez la gente deja de tratarla a una como mujer o como hombre, porque lo que marca es la vejez, sin importar el género. Quizá la crueldad de los años tiene esa ventaja. Quizá en esa confusión ella escondió el pudor de haber dejado de ser lo que fue.

El verano transcurrió lento, con horas prolongadas en largos minutos deslizándose como aceite en un cristal, en un calor que deshacía los pensamientos y la voluntad, hasta que llegó septiembre con una brisa de frescura que todos celebramos. Salimos a la calle, compramos las últimas cosechas de tomates frescos, comimos los últimos duraznos, los últimos albaricoques y asamos los últimos espárragos como si el otoño nos fuera a arrebatar para siempre esos efímeros placeres que habían sobrevivido al calor.

La rutina volvió con la pesadumbre de siempre, los niños a las escuelas, los enfermos a los hospitales, los estudiantes indiferentes al mundo a su costosa universidad y nosotros al trabajo. Lara y Naomi habían viajado y habían regresado varias veces en los últimos meses, habían tenido novios y los habían olvidado en alguno de sus viajes, incluso trajeron adornos nuevos para la casa como si de verdad las tres fuéramos familia. Facundo también viajó y a su regreso me trajo dulce de leche, pero a mí no me gustó. Yo no viajé, ni dejé de trabajar, ni cambié mi rutina. Sólo que la libreta de anotaciones dejó de ser parte de mis días. La curiosidad por mi vecina se me había transformado en lástima y pasé los días batallando contra ese sentimiento que, en el fondo, me mortificaba. La lástima es de quienes se sienten superiores y esa treintena de años que me separaba de ella era una casualidad, nada más. Yo no tenía por qué compadecer a aquella vieja extraña. Evadiendo ese contradictorio sentimiento del que me hizo consciente

el conocerla, pasé varias horas del verano en el cine y vi de todo, hasta lo que no quise ver.

Pero septiembre devolvió mi ser intrascendente a esa soledad tan carente de historias en la que vivía, hasta la mañana que vino a mi puerta. Fueron tres golpes secos, toc, toc, toc. Yo supe que era ella porque era así como golpeaban a su puerta los huéspedes que le espíe. Quizá era un código. Estaba parada con ese aspecto hombruno con el que la conocí. Hola, me dijo. Hablaba inglés con acento alemán, quizá yiddish. La invité a pasar. No, me dijo. Quiero que vengas a casa, ¿puedes? Le dije que sí, que me diera unos minutos porque estaba en medio de algo. Era mentira. Cuando yo estaba en medio de algo, estaba en el teléfono, entrevistando a la gente de las encuestas y si ese hubiera sido el caso, no habría podido abrir la puerta. Pero sentí vergüenza de mostrar mi sorpresa y mi urgencia por conocer su piso. Bien, dijo, se dio la vuelta y se fue. Yo cerré la puerta y fui al baño. Me miré al espejo. Pocas veces lo hago. No hay nada que arreglar. Pero fui a mirar mi sorpresa, a ver que el largo tiempo de espera había cambiado en algo la insípida expresión de mi rostro. Al principio no distinguí nada nuevo, pero cuando miré con detenimiento, vi que me había salido un mancha pequeña sobre la ceja y que un granito de punto blanco se terminaba de secar en la mejilla. Me pasé agua fría por el rostro y me volví a poner la crema de la cara, un rito que me permite tener la ilusión de que combato las arrugas.

Subí las escaleras contando, uno, dos, tres, y en cada número respiraba profundamente. El corazón me latía de manera escandalosa; tuve miedo de que su bom bom se escuchara fuera de mi cabeza, habría sido un papelón. Alcancé la puerta y golpeé toc toc toc. Enseguida me abrió. Me hizo pasar a un lugar luminoso, amplio, sin paredes; había solamente un modular con el que separaba el espacio donde estaba su cama. Una mesa redonda para tres personas estaba en la esquina, el resto eran atriles, algunos cubiertos con telas y otros con lienzos a medio pintar. Ese era el bullicio de muebles girando,

ella buscaba la luz, eso no lo había anotado en mi libreta. Quizá si hubiera sido más prolija, me habría percatado de que en los meses de invierno los muebles se movían en una dirección, y en primavera, en otra y en verano en otra, y en otoño en otra, igual que el sol. Me dio vergüenza mi estupidez. No servía como espía.

Siéntate, me dijo, alcanzándome una silla. ¿Sabías que soy pintora? No. Mi contestación fue honesta. Jamás lo imaginé. Creí que lo sabías, por eso veías con tanta curiosidad a los modelos que vienen a casa. ¿Los pintas a ellos? Los lienzos que estaban descubiertos eran casi todos de paisajes. No había gente. Sí. O, mejor dicho, pinto con ellos. Necesito estar rodeada de belleza. Necesito que la belleza sea parte de la intimidad de la pintura. ¿Quieres un café? Asentí con la cabeza. Te voy a contar una historia. Te la cuento porque en este otoño me he propuesto cambiar. He sido una persona con poca humildad. Hablaba mientras preparaba un café en una cafetera italiana. El ruido del agua hirviendo, el viento que entraba por las ventanas y el espeso acento me dificultaban escucharla. No sé cuánto de lo que dijo inventé, fue lo que quise escuchar o lo que dijo. Pero asumí esos elementos como parte del encuentro y no hice nada por detenerla en su historia para escucharla mejor.

La falta de humildad no es arrogancia, continuó. Pienso que no he sido arrogante, pero tampoco he sido humilde. Entiendes lo que digo, ¿no? Supuse que sí, aunque eso que había dicho era algo en lo que yo tendría que pensar varios días para comprenderlo con profundidad. Siempre había entendido los adjetivos como palabras que describen algo, o su contrario, por eso la existencia de antónimos: largo corto; ancho angosto; femenino masculino; claro oscuro. Esa realidad de mi simple universo era distinta a la complejidad de este hombre mujer. Si no había tenido humildad y esa carencia no era arrogancia, entonces, ¿qué era?

Puso el café en dos tasas pequeñas, me preguntó cómo lo tomaba y trajo hasta la mesa dos cafés negros sin azúcar. Yo no tomo sino una

sola tasa al día y temí que la cafeína extra sumada a la emoción de estar ahí hiciera que mi corazón empezara a palpar aceleradamente otra vez. Decidí tomarlo a sorbos muy cortos.

Como te digo, he sido una persona con poca humildad. Contarte lo que me pasa es una manera de combatir ese gran defecto. Hace poco más de diez años tuve un problema en el cerebro. Al principio se manifestó como un cansancio crónico. Los médicos creyeron que era depresión, luego diagnosticaron tiroides, después falta de ácido fólico, al final, después de varios exámenes de todo tipo, empezaron a explorar mi cerebro. Yo leía mucho. Mucho. Mi pasión fueron los libros, ahora ves que no tengo ni uno, los he regalado todos, pero toda mi vida crecí rodeada de libros. Las paredes de mi casa estaban hechas de los libros que había leído, de los que quería leer y de los que compré porque me gustaban sus títulos, sus portadas o los nombres de sus autores. Cualquiera pretexto era bueno, por eso eran muchos. Después de un seguimiento minucioso de las horas que dormía, me di cuenta de que cada vez que empezaba a leer un libro me quedaba dormida. Como te digo, yo pasaba el día leyendo, por eso es que el tema del sueño se manifestó como una cuestión crónica y aguda. El sueño no venía si estaba haciendo algo distinto, cocinando, por ejemplo, o caminando, o viendo la tele, sólo al abrir un libro me quedaba dormida. Los exámenes mostraron que me estaba fallando esa parte del cerebro que facilita la lectura. No pude volver a leer. No puedo leer. Me alcanza para leer una instrucción, una noticia corta en el diario, pero no puedo ni siquiera terminar el artículo de una revista. Sufro un mal raro, y para mí, mortal. Se calló de golpe y sorbió el café casi de una.

La miré despacio y volteé la vista hacia la calle, desde ese quinto piso vi cómo el viento arrastraba una prematura hoja de otoño como si fuera una rata, me distraje un instante pero ella retomó la historia.

Pensé que el mal tendría solución, no con las drogas, porque los médicos me han dicho que es un mal muy raro y que no hay

medicamento que lo cure. ¿Sabes cuál es el problema? Que la lectura activa zonas de tu cerebro que tienen que ver con la concentración, la comprensión y la imaginación, si estas funcionan, generan una serie de sensaciones, como el miedo, la compasión, la empatía. Pero para que suceda deben estar activadas todas las zonas del cerebro al mismo tiempo. En términos científicos, un buen libro es el que activa todas estas funciones de tu cerebro. Si perdiste la curiosidad por la historia que lees, o si la imaginación se tropieza con la torpeza de la narrativa —cuestión que te llevaría a perder la concentración— no puedes leer y pierdes el gusto por hacerlo. Tampoco puedes leer si no entiendes lo que lees. Mi cerebro tiene que hacer tanto esfuerzo para activar estas funciones que me quedo dormida. Intenté escuchar libros y no dio resultado, me dormía. Y me dormí cuando contraté a alguien que me los leyera. No es cuestión del recorrido de mis ojos por las palabras, ni de escuchar las palabras en labios de otros, es algo de mayor profundidad. Es la incapacidad de relacionarme con las historias. Después de recibir el diagnóstico, me deprimí. Jamás pensé que la vejez me iba a privar de la lectura. Sabía que tendría costos, pero no pensé que sería la lectura. Imaginé incluso una ceguera, como la de Borges, pero me consoló pensar que a eso se lo combatía con los libros grabados. Pero lo mío es distinto. Por sugerencia de un psiquiatra empecé un largo proceso de introspección. Quise entender qué era lo que yo perdía con la lectura. Qué era lo que me había hecho una lectora voraz y cómo podía seguir viviendo sin esa parte de la vida que me abandonaba.

Ahora hablaba despacio, invitándome a una intimidad casi no explorada. Yo había olvidado el café en la tasa y seguí la historia mientras la imaginé sentada en el parque con un libro, en el café con un libro, en la cama de ese departamento, con un libro. La imaginé leyendo Sade, Dante, Shakespeare, Whitman, el Quijote, Sor Juana, Mark Twain, T. S. Eliot, Joyce y Woolf, García Márquez y García Lorca, Rushdie y Austin, la imaginé leyendo Yourcenar y Collette,

Danielle Steel e Isabel Allende, incluso Paulo Coelho, y me conmovió la pérdida de ese enorme universo de palabras.

¿Y qué descubriste?, pregunté en un tono de voz muy suave para no hacer ruido en sus recuerdos.

Cuando leía era mejor persona. Sin los libros perdí mi contacto con el mundo; la lectura era lo máspreciado de mi intimidad. Mi relación con el mundo había sido intensa, flexible, incluso sabia, porque los personajes más entrañables de mi vida venían de los libros que leí. Perderlos fue perder mi derrotero. Cuando dejé de leer no supe cómo tratar a los seres humanos. No supe cómo relacionarme con las mujeres y mucho menos con los hombres. Pausa.

Yo crecí buscando la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres, y decidí vivir sola, sin pareja y sin hijos porque los libros suplieron mis afectos. Todas mis relaciones estaban mediadas por el libro que leía. Sólo mi amigo Montenegro, que me visita todos los miércoles, supo que no era yo una esquizofrénica, sino una lectora compulsiva. Cuando dejé de tener libros, dejé de tener el libretto que orientara mi comportamiento, la muletilla que me dictara los diálogos, el modelo que rigiera mis sentimientos. La dolencia arrancó de cuajo mi espíritu, mi intimidad. Sus ojos oscuros se iluminaron con la sal de las lágrimas y su cara fue la de un animal salvaje y sin género.

Pareces un viejo, le dije sin compasión. Lo sé. ¿Y qué importa en la vejez ser hombre o mujer? Es parecido a lo que te pasa a ti, ¿qué importa si la fealdad es de un hombre o de una mujer? No me lo dijo con intensión de herirme. Era algo en lo que había estado pensando por algún tiempo. Por eso me había invitado a su casa a mí y no a Lara ni a Naomi, por eso me contaba a mí el origen de sus males y no a alguno de sus amigos. Dime, me preguntó, ¿cómo es ser fea?, ¿qué se siente? La pregunta no me sorprendió. Rechazo, contesté. Pero el rechazo es también una forma de libertad. Es cierto, no lo había pensado. Yo viví sometida al yugo de la complacencia, a eso te condena la belleza. Pero los libros lograron salvarme de esa opresión. ¿Tú,

cómo has logrado sobreponerte a la amargura a la que seguramente somete la fealdad? No soy una persona amargada. Quizá solitaria, hasta triste. Pero no amarga. Y entonces, ¿por qué husmeas la vida de los otros? No lo había hecho hasta que te conocí. Me intrigaste. Me intrigó el hecho de que sólo te rodeabas de gente joven y bella. A falta de libros...; además, ahora pinto. Pinto paisajes, como ves. La pintura me devuelve algo de la relación con la belleza que antes tenía a través de la lectura, aunque no me devuelve intimidad con los personajes. Yo pago a estos muchachos para que me acompañen mientras pinto. Ellos no saben que la belleza es una búsqueda, no una certeza. Hablan de los problemas simples de sus existencias cortas como si fuera lo peor. Me reconozco en ellos, ¿sabes? Porque no son humildes. No lo son porque se creen capaces de todo, invencibles. Esa es la forma suprema de la belleza. Ellos no son conscientes de que su osadía los hace grandes y vulnerables a la vez. Yo sí lo sé.

Me incomodó el sentimiento de superioridad con el que me describió el motivo por el que se rodeaba de esos chicos. Noté un dejo condescendiente en esa relación. Ella les pagaba por hora. Eran estudiantes, en su mayoría iban a Columbia, y necesitaban un ingreso extra.

No me malentendas, dijo como adivinando el tren que llevaban mis pensamientos. Les pago porque de lo contrario nadie querría pasar la tarde con una vieja latosa como yo. Sé que es un trabajo difícil. Yo a su edad nunca habría querido hacerlo. Quizá lo hubiera hecho si me pagaba un hombre buen mozo, que estuviera dispuesto a admirarme, inclusive si hubiera intentado tener sexo conmigo. Me habría encantado rechazarlo, recibir su dinero y regresar a casa y escurrir mi maldad en largas horas de lectura. Así era yo.

¿Para qué me has contado esta historia? El cielo había cambiado de color y habíamos quedado en tinieblas. Porque he descubierto en tus ojos el deseo de saberla, la curiosidad por entenderme, porque

conozco la prepotencia de tu fealdad. Se levantó y encendió una lámpara de pie que estaba junto a la mesa.

Entonces, sólo entonces, lo entendí. Durante los años que viví en aquel departamento, había satisfecho la necesidad de mi vecina de ser observada, su insaciable deseo de la mirada ajena. La vieja se había deleitado con cada muestra inconsciente de mi curiosidad, con los encuentros furtivos en los que deliberadamente me ignoraba para intrigarme. Yo era como el hombre apuesto que ella describía, el que requería de ella para recibir su negativa. Subir hasta allá era un movimiento definitivo, o yo sucumbía al encanto de ese mundo de belleza que ahora le era esquivo —y que yo nunca tuve— me hacía su compañera, su cómplice y reproducía el modelo con el que creció siendo admirada, o la rechazaba. El rechazo era algo a lo que ella no estaba acostumbrada.

Me quedé quieta mientras ella levantó las tasas vacías y las puso en el lavabo. La observé despacio y pensé que Facundo tenía razón. No debía meterme en la vida ajena. La falta de lectura había dejado a esta mujer sin restos de humanidad. Salí de aquel quinto piso sin decir una palabra. No hacía falta. A final de ese otoño me mudé. No quise ser la espía que me había crecido en el pecho y sentí vergüenza de mi libreta de anotaciones. No podía mirar a Lara y a Naomi a los ojos. Sólo Facundo sabía mi historia. Pude quedarme en su casa en Bay Ridge por unos meses, hasta que encontré departamento, en el 107 de Amsterdam, cerca de mis antiguas compañeras de piso. Mi lugar con ellas lo tomó una muchacha de Columbia. Al viejo no lo volví a ver. Quizá lo mató la indiferencia de una fea.

Mentira

Toda historia de amor necesita una mentira, recordaba con remordimiento las palabras de su abuela que vivió para celebrar sus cincuenta y cinco años de casada. En el recuerdo de esas palabras buscaba un consuelo, porque para ella todo había sucedido de manera precipitada. Los años que pasó pintando sin que nadie se diera cuenta ni de su existencia ni de su trabajo, eran ahora una especie de paraíso perdido.

Meses atrás, desde la noche oscura en que sus cuadros atravesaron el umbral de la indiferencia, la vida empezó a escurrírsele como agua por el cuerpo. Tenía que ver con la irreverencia con la que las figuras que había pintado podían interpretarse como un secuestro masivo de niñas, cuestión que había sucedido en Nigeria semanas antes de la inauguración de la muestra, y que, cuando los críticos atribuyeron una relación directa entre su trabajo y aquel evento de nombre tan horroroso, ella no los desmintió. No lo hizo en la prensa escrita, ni en las entrevistas que le hicieron para la radio y menos aún la vez que salió en la televisión hablando con aquel arrogante reportero famoso. Tampoco afirmó que sus cuadros tuvieran que ver con aquel evento (en realidad, nunca le importó lo que la gente dijera de su obra y no hizo ningún esfuerzo por contradecir a quienes decían entenderlo todo). Pero esa noche no fue sino rozar la cabeza del fósforo con una superficie rugosa para que la efímera pero intensa llama de la fama se prendiera. Algo que a ella —ahora se daba cuenta— siempre le había producido un gran temor.

Se enamoró de Matías Gonçalvez por la suavidad de su piel. Cuando puso su mano todavía con el frío que traía de la calle dentro de la de él, no le había visto los ojos atrofiados. Matías nació ciego.

El encuentro fue azaroso; Silvia, su amiga de la infancia, había llegado a la ciudad por unos días y le había pedido que la acompañara a visitar a una pareja de São Paulo que la había invitado. Que sería una visita tranquila, le advirtió Silvia, cuando ella le dijo que no tenía ganas de ver gente. Que no se preocupara, insistió Silvia, que Pedro y Pablo no eran gente sino sus amigos.

Pablo era un psicólogo que trabajaba con mascotas. Al jugar con los perros, los pacientes se relajaban y hacían más llevadera la terapia. Dos perros pequinés luciendo las correas de su profesión fueron los primeros en salir a saludar a su llegada. En la pequeña sala estaban la pareja anfitriona y Matías Gonçalves. Silvia lo saludó con beso como si ya lo hubiera visto más de una vez. A ella se le notó la sorpresa cuando vio que Matías Gonçalves movía la cabeza buscando un sonido que hiciera familiar ese movimiento de gente, se levantó y estiró la mano donde ella metió la suya. Fue amor al primer roce.

Matías acaparó los perros de Pablo que, entrenados para la caricia, no dejaron que la mano suave de ese hombre reposara en otro lugar que no fuera sus lomos. Eran dos machos con la sonrisa postiza y desencajada que suelen tener los perros de su raza. La conversación transcurrió como un río revuelto, sorteando geografías de silencios y allanándose en los vados que el vino ayudaba a formar hasta que Silvia empezó a contar chistes y todo terminó en una cascada impúdica de risas contagiosas. Fue Pedro que con el sonido de su carcajada terminada siempre en la letra *i* provocó las risotadas de los demás.

Cuando ella y Silvia se levantaron para retirarse, Matías Gonçalves dijo que él también tenía que irse y que si ellas iban en la misma dirección, podían compartir el taxi. En el camino ella y Matías intercambiaron números de teléfono (él usaba un aparato digital con voz). Desde el día siguiente no se separaron.

Matías era traductor simultáneo. Un trabajo raro para un ciego, pensó ella. Él defendía su oficio y su ceguera diciendo que no ver

era una ventaja en su trabajo porque nada lo distraía. Hablaba cinco idiomas y leía braille.

Cuando le preguntó a su abuela cuál fue la mentira que hizo posible su historia de amor, ella le dijo que no tenía respuesta certera. Que durante los primeros cinco años de casada pensó que Francisco —así se llamó su abuelo— le había engañado diciendo que era algo que no era. No, no se refería a su oficio. Había sido electricista. La mentira fue que cuando él le dijo que era un hombre muy tímido que no se atrevería nunca a pedir su mano y que le ofrecía una fuga organizada con boda incluida, ella mintió creerle. Supo, sin embargo, que Francisco no era tímido sino que tenía miedo de que por su oficio el padre le negara la mano de su hija. La década siguiente ella confirmó que Francisco ocultaba un hombre que temía las derrotas. Por eso le costó ser padre. Con los hijos ella vio a su marido divertirse como si ellos fueran sus coetáneos y asumir una postura de hombre vulnerable casi, que resultó muy cómodo porque le obligó a ella a encarnar la figura de autoridad, a ser la que ponía el orden, la que pronunciaba los nos rotundos. Aprendió a ver en Francisco al hombre débil, incapaz de reconocer la dificultad de ser rechazado por los hijos. Cuando se fueron de casa, desapareció esa disposición suave y la abuela decidió escapar del hombre terco, gruñón e intolerante que fue Francisco, amparada en la mentira de su cansancio. Cuando murió su padre —el suegro de Francisco— la abuela no le hizo notar que descubrió en sus ojos ese brillo de placer. Francisco perdió al juez de su hombría, al rival. Ya no necesitaba demostrar que pese a ser un simple electricista, era un buen proveedor. Ella le hizo creer que creyó en su empatía. A la vejez, la abuela se dio cuenta de que había sido ella quien engañó a Francisco toda la vida, haciéndole creer que creía en lo que él decía ser. Lo hizo porque era una mujer fuerte, que crió a sus hijos y sostuvo una familia, y porque detrás de todas esas escenas en las que Francisco se inventó a sí mismo, se agazapaba

la vulnerabilidad de un hombre solo. A cada una de esas escenas la abuela las había iluminado con la luz de un faro que parpadea y recorre la bahía con su único ojo brillante, repitiendo las palabras que explicaban su astucia: paciencia, dedicación, templanza, destino. En ellas encontró la manera de sobrevivir la oscuridad de su relación hasta la llegada del alba.

Pero su mentira no se parecía a la que había inventado la abuela. La suya, pensaba ella, era mezquina. Le había ocultado a Matías Gonçalvez que era pintora. Le dijo que era maestra de una escuela de arte. No le confesó que había alcanzado el éxito de poder vivir de sus cuadros, algo que en su carrera muchos envidaban. Tampoco le contó que por un cuadro en el que ella quizá había querido expresar la pérdida de la inocencia, la crítica la había convertido en una especie de celebridad, alabando su sensibilidad femenina, como si al arte pudieran ponerle falda. Tampoco le dijo que lo que más amó desde el momento que lo conoció, fue su tacto. Pero que la consagración de su amor sucedió cuando se dio cuenta de que él no podía ver. Eso la había dejado perpleja. No entendía cómo, si la pintura que era para ella el oxígeno que le permitía vivir, respirar, soportar el aliento caliente y húmedo de un mundo que parecía desbaratarse a punta de golpes certeros de maldad..., cómo era que se había enamorado de alguien que no podía ver el objeto de su vida misma. ¿Acaso había algo más allá del arte? ¿Sería que hasta que vio los ojos tullidos de Matías Gonçalvez ella no había entendido algo? ¿O era que el amor estaba en un lugar más profundo que el de su necesidad de pintar? ¿Quién era ella si el hombre que amaba no sabía que ella era lo que era? Pese a la mentira, con el tiempo su abuela fue conociendo mejor a Francisco. En cambio, Matías Gonçalvez nunca podría llegar a conocerla, y sin embargo, en esa mentira estaba su única posibilidad de amor. Pero no era sólo eso —aunque fuera tan fundamental— lo que la preocupaba. También pensaba en las interpretaciones que, en caso de que su amor durara muchas décadas, Matías Gonçalvez daría a esa mentira.

El remordimiento de esa historia no contada hizo que durante las horas que pasaba en su estudio, ella se martirizara sin poder pintar. Pensaba que tenía que decirle la verdad a Matías Gonçalvez y hablarle de la carrera que se había forjado como pintora. Tenía que explicarle lo que ella quería decir de sí y del mundo en los cuadros que pintaba, pero hacerlo era traicionarse a sí misma. Nunca le interesó explicar sus cuadros, el arte no se explica. Mientras se torturaba con estos pensamientos, el tiempo se le escurría sin que ella pudiese dar un brochazo sobre los lienzos. Era como si el amor arrebatase lo único que le había sido propio y que de manera entrañable, le era tan íntimo. A la noche llegaba a la cama donde estaba Matías Gonçalvez y se sentía como un lienzo vacío, desfigurado, incoloro.

Te amo, le dijo él, una de esas noches que se sentaron a beber un vino con gusto a madera, pero entiendo que no puedes estar con alguien que no puede mirar tus cuadros. Las palabras de Matías Gonçalvez la tomaron por sorpresa. Sintió miedo, miedo de perder a Matías Gonçalvez, de encontrarse otra vez en la soledad de la fama.

Eso no es importante, dijo, tomando la mano suave de ese hombre al que amaba. Entonces comprendió que esa y no otra era la mentira de la que había hablado su abuela.

Engracia

El meneo de la cuchara de palo al envolver la harina con la mantequilla, los huevos y el azúcar; la canción del gallo vecino a una incierta hora de la madrugada; los calzoncillos de los niños en el tendedero de ropa; el soberbio paso de las gallinas por el jardín; la modorra de la perra mirando a la ardilla parada en la frágil rama del árbol; el olor del vinagre con el que limpió el baño; la rutina que algún día le dio la certeza de que el mundo era un buen lugar, se había vuelto un repetido regreso a la tristeza.

Era un departamento pequeño (todos lo eran). Paredes lisas y vacías, hacia un lado estaba la cocineta con dos hornillas, un horno de microondas, una refrigeradora, una repisa blanca y un lavabo. El baño tenía una ducha sin tina y en el dormitorio cabía una cama de una plaza y la mesita de noche. George vivía en esta residencia geriátrica algunos años ya. Sus vecinos salían al supermercado y se visitaban entre ellos. Algunos incluso tenían trabajos de horarios cortos en downtown y lo hacían hasta que el cuerpo los traicionaba. Entonces los trasladaban a hospicios o a lugares donde tenían asistencia. Esos espacios vacíos enseguida los ocupaban nuevos inquilinos, lo que hacía que hubiera un sostenido flujo de personas en aquel edificio de la 112 y Amsterdam. George la había conocido el año que llegó. Ella llevaba algunos años viviendo ahí. Era un poco mayor que él, pero con un espíritu más joven, mucho más joven, repetía George dejando ver su nostalgia en el labio derecho ladeado hacia arriba. Escribía todo el tiempo. Mucho después supo que no

era correspondencia lo que la ocupaba. Escribía cartas, sí, pero también cuentos, poemas, retratos. La rutina de Engracia fue siempre igual desde que la conoció, comentó. Despertaba a las seis, desayunaba y escribía hasta las diez. A esa hora bebía su café con leche y después tomaba un baño. Retomaba la escritura a las once y salía al almuerzo en La Rosita, en la 108 y Broadway. A veces, cuando tenía ataques de indulgencia, tomaba el bus que la dejaba en La Caridad, también en Broadway pero veinte cuadras al sur, o se iba a visitar alguna amiga en Washington Heights. Volvía a casa satisfecha de frijoles con arroz para hacer la siesta y después retomar la escritura. Cuando George llegó a la residencia le conmovió la disciplina férrea de esa mujer de cuerpo enorme y manos enanas. Quiso apretar su cuerpo delgado a la calidez del volumen de Engracia, lo dice con rubor. Cuando coincidieron en uno de esos bingos que se organizaban en la sala comunal y a los que ninguno de los dos asistía con frecuencia, se le acercó. Le preguntó, dice, lo de la escritura. Sólo escribo, dijo ella. Nunca dijo nada más.

Engracia escribía con la puerta de su departamento abierta. Muchos de los residentes la dejaban así. El linóleo blanco de los pasillos era el mismo que el de los espacios interiores y daba una sensación de continuidad entre el adentro y el afuera, “la continuidad de los pisos”, decía Engracia divertida, recuerda George. Es que el ruido que entra de los pasillos da compañía. Con un gesto contraído dice que no era la edad de los residentes lo que los hacía proclives a la tristeza sino la decoración de hospital que se asocia con la vejez.

El reposo y el caos están hechos del mismo material. Me arrinconan con igual indiferencia. En el barrio otro muchacho fue asesinado, la mujer de enfrente apareció con el rostro desfigurado y le confesó a su amiga que su marido quiso darle una lección delante de sus hijos. Pienso en la madre del muchacho y en los niños de esa mujer mientras doy de comer a mi perra que lame mi mano con una devoción insensata. A la noche

cierro los ojos y pretendo dormir, pero en realidad pienso en la muerte. No la mía, que no me asusta. La de los que amo y no veo. La de los que añoro y están ausentes, como los muertos.

George también tenía su rutina. A la mañana después de beber una tasa de café Bustelo, tomaba el bus en Broadway hasta el Lower East Side, recorría sin prisa las calles de su infancia, reconocía los negocios nuevos, visitaba los antiguos y conversaba con cuanta persona se le cruzaba en el camino. A la tarde subía a hacer lo mismo por su nuevo barrio. Ahí había más gente joven por la cercanía a la universidad. Solía ir al Hungarian al caer la tarde, así fue como lo conocimos.

Rubén ha cumplido catorce años. Empieza la época de su advenio, será un adulto esbelto, su cuerpo anuncia al hombre que lo habita. He lavado las paredes de la casa, he colgado las telas blancas en las ventanas. Con la más antigua cubrí los objetos de su pasado. La espesura del tiempo de ese lienzo vuelve más efectiva su protección.

Vendrá hacia mí a la madrugada de la primera noche y lo ayudaré a empezar este nuevo recorrido. Es la unión física que une y separa. Cuando el sol lo encuentre en esa habitación blanca, Rubén habrá experimentado su cuerpo de maneras que hasta entonces le habían sido desconocidas. Cuando deje la alcoba de la mujer que lo inició, será otra persona. Lo único que la mujer espera es que Rubén recorra la interminable búsqueda del deseo pautado siempre por la paciencia, por la ternura, por la confianza. Lo que Rubén desee, será lo que defina su búsqueda. Cuando deje mi alcoba a la madrugada, después de la intimidad sagrada de nuestros cuerpos, Rubén estirará sus alas y no tendrá motivos para mirar atrás. Habrá aprendido la lección de los cuerpos, de aquel del que vino, como yo lo aprendí de mi madre y ella de la suya. Es el rito del origen y también el de la despedida. A salir, se encontrará con un grupo de hombres y mujeres jóvenes que romperán el círculo de la vigilia; los hombres lo llevarán a la orilla del agua, mientras las mujeres se sumergirán detrás

de Rubén y lo lavarán. Al salir todo seguirá igual, pero será distinto. La mujer más vieja le pondrá un collar de hojas de lavanda y le hablará de la dificultad de ser hombre entre hombres. De ser hombre entre mujeres.

Crecer es siempre perder.

En la alcoba de telas blancas, la madre orará para que Rubén sea un buen hombre. Es la única forma posible de felicidad.

Cuando nos llevó a su departamento la tarde de un enero de frío calado, fue como si nosotros hubiésemos conocido a Engracia de toda la vida. Nos dimos cuenta de que fue el amor con el que habló George lo que nos acercaba tanto a esa mujer de extrañas proporciones. Estaba sentada en un sillón de respaldar alto y brazos anchos. Miraba y sonreía como si las dos actividades le requirieran mucho esfuerzo físico y eso daba la impresión de que sus ojos y su boca fueran de dos personas distintas. George subió el volumen de la *Suite 1 en G menor* de Bach que se repetía en las cintas circulares de una casetera vieja. Cada vez que comenzaba la pieza, Engracia se sorprendía como si la escuchara por primera vez. En ese momento pensamos que la historia daba para escribir un cuento.

La blancura de las paredes se reflejaba como un brillo de agua en los ojos de George. Él pasaba la punta de su dedo índice por los dedos de Engracia, le acomodaba los pies en un taburete para que estuviera cómoda, le acariciaba los brazos. Junto al de ella el suyo parecía el cuerpo de un niño y contrastaba con las facciones de gigante con las que lo vimos recorrer las calles del barrio, la nariz puntiaguda con la que le gustaba oler el tufo de su café, la mirada azul gris con la que interrogaba el mundo. Ella, lo miraba sin mirarlo. Sonreía sin reconocerlo o quizá desde la infinita ternura. Imposible de saberlo. Era triste.

La visita fue corta, George habló por todos, nos contó de su encuentro con Engracia, el inicio de su relación y sin quejarse explicó

que la vida juntos había sido demasiado corta. Se la llevaban al hospicio al día siguiente. Esto último lo dijo en murmullos, sabiendo que desde algún lugar en ese enorme cuerpo ella lo podía entender. El gris de sus ojos se llenó de agua, entonces levantó los párpados para evitar la traición de las lágrimas.

Las manos están surcadas por rutas que antes no había conocido. El tiempo tiene oscuras maneras de mostrarse. Las marcas de la piel tienen una memoria propia. El cuerpo, mi cuerpo, da muestras lentas de que va dejando de pertenecerme. Acaso nunca lo hizo, pero ahora es cada vez más difícil vivir ajena a esa realidad. Se me vino a la cabeza la imagen de esa tía de mi mamá, cuando durante unas vacaciones frente al mar la vi bajar sentada las gradas. Decía que se había lastimado los tobillos. Al verme mirándola me dijo con una burla resignada —muchacha, es que el cuerpo un día te deja de ser útil. Yo tenía 12 años y Colombita no llegaba a los 70, más joven de lo que soy ahora que escribo. Pero fue la primera vez que escuché que alguien hablara de la vejez como algo ajeno. Comprendí con sorpresa que esa señora a quien conocí con pelo blanco y caminando con bastón, alguna vez fue joven. Comprendí la crueldad del tiempo.

Ahora noto marcas en el cuerpo que antes no habían sido mías. Pienso que si un niño me conociera en ese momento, no podría imaginarme niña, ni joven. ¡Pero lo fui! Y en algunos sueños sobre los que no tengo control lo sigo siendo. Y me da risa porque fui feliz.

Ahora soy vieja. Tengo dos hijos que crecieron y se parecen a lo que ellos van siendo. Pero extrañamente, a ratos me asalta una sensación de perplejidad cuando los veo y pienso que salieron de mi cuerpo. Ellos que son todo el amor.

Las noches de luna menguante hablo con él. El otro lado del amor. El que me vio niña, me vio crecer y posiblemente tuvo momentos de perplejidad al notar que era otra persona. Yo también fui todo su amor.

El cabello fue negro, los churos caían en la frente y se levantaban sobre las orejas, resbalaban desordenados por el cuello. Ahora es una rala melena de desnuda blancura. Mi padre no llegó a verme así. Si nos encontráramos ahora, seríamos dos extraños. Él se hizo luz de luna muy pronto. Luna menguante porque en ese lado del mundo la luna que mengua es una efímera sonrisa. Lo que define mi historia, el padre, la hija, una sonrisa.

Cuando lloro por su ausencia, lloro como la niña que fui en sus brazos porque la mujer que soy no tiene padre y se hizo madre sin que el padre la viera madre. Soy dos.

La muerte, leí en algún lugar, sólo sucede cuando mueren los recuerdos. Y los recuerdos de mi padre morirán conmigo, porque mis hijos no vieron al abuelo. Sienten nostalgia de lo que nunca tuvieron y saben que la luna menguante es ese abuelo que hace llorar a mamá como una niña y cuando mamá lo recuerda también sonríe. Pero el abuelo no es nada más, no hay voz, ni risa, no hay historia compartida, ni un recuerdo que hilvanar al sinsentido del presente. Nunca hubo abuelo. Para ellos es simple.

Yo en cambio, sigo siendo dos. Yo y mis hijos, yo y la luna.

En una caja de galletas de metal, con la etiqueta de un precio antiguo y las rayas plateadas del trajín, estaban los papeles de Engracia que George puso sobre la mesa. Antes de perderse en el laberinto de su propia imaginación, explicó George, se la había entregado. Pero todo está escrito en español. Él no entendía las palabras guardadas en la caja. Con un gesto de desconsuelo, de desesperación casi —y cierto pudor— pedía auxilio. Volvimos a pensar que la historia era para cuento, pero también supimos que nadie la creería.

Las niñas del barrio salen en grupos, van a comprar caramelos, soda. Sacan al sol su belleza. Las madres no las dejan andar solas. Las calles de Washington Heights no son para niñas. Las veo desde mi ventana y sigo

la línea de la mirada de los hombres parados en la esquina. La esquina no es para niñas. Todas conocen la historia de Dolores. Dolores no fue Dolores. Los hombres la usaron como mensaje, o como instrumento de su venganza. La encontraron temblando en el callejón, a las siete de la tarde. Era invierno, era de noche. Le dejaron en el cuerpo un odio que la niña no entendió. Dolores había cumplido quince años. La noche en el callejón le sumaron cuatro vidas. Ya nunca volvió con las niñas del barrio a comprar soda en la esquina.

Dejamos de ver a George por varios meses. No volvió al Hungarian a meter su nariz puntiaguda en la tasa de café, no recorría por Broadway con esa urgencia que de tan usada había dejado de mostrar apuro. No nos buscó en el supermercado de la 110. Pensamos que era vergüenza, y pese a que más de una vez lo pensamos, no fuimos a buscarlo por respeto a la distancia que él había inventado.

Todos escuchamos el sollozo de la señora del sexto piso. Había salido a llorar al pasillo. No es llanto, pienso. Su gemido es un mensaje. Cuando nota que varios vecinos nos acercamos a la escalera para saber qué sucede, vuelve a su departamento, cierra la puerta y el golpe seco marca la certeza de una premonición.

Es verano. De los hidrantes de las calles sale agua en serpentinas que envuelven la risa de los niños. La música vuela por las ventanas de los autos, por los enormes radios que los muchachos cargan en hombros. Por eso no llegamos a escuchar el camino sigiloso de las cucarachas.

La señora del sexto piso es ciega, vive sola. No. Vive con las cucarachas que le roban la comida.

La empleada del Estado la visita los jueves. Le trae comida y sale con ella al pasillo. En este edificio no hay ascensor. La señora del sexto piso ya no puede subir ni bajar gradas. ¿Por qué la empleada del Estado no denuncia que la señora no debe vivir sola? Que no ve. Que lo que sucede en ese piso en los días y en las noches da la espalda a la vida.

La empleada del Estado cobra un sueldo por cada persona que visita. Tiene cinco hijos. No tiene marido.

A su cargo están varias personas mayores que viven en el barrio. Los demás la vemos con sospecha.

Cuando sacan el cadáver de la señora del sexto piso la empleada del Estado llora desconsolada. Llora con ella, no se por qué, pero pienso en sus hijos. Es verano. Hace calor y no debería haber muertos. Me acerco y le doy la mano. Está sumergida en su llanto inmune a mi gesto.

De pronto, estira la cabeza y pide que me acerque. Escucho su voz entrecortada que dice, "era mi ángel guardián".

Un atardecer de otoño que revolcaba su ira en las esquinas lo volvimos a ver en la calle. Estaba más flaco. Caminamos buscando abrigo y sin darnos cuenta llegamos al rincón del fondo del Hungarian. Se le había abultado la artritis en los nudillos de los dedos y la tristeza en la voz. Hacía meses que habían trasladado a Engracia. Pero no habló de eso, ni de él, ni de ella, ni de los papeles. Se quejó del triunfo del nuevo alcalde, de las políticas que habían dejado a sus amigos sin casa, a otros sin trabajo. Hasta que se hizo tarde y nos despedimos sin aspaviento. Habíamos retomado una vieja rutina. Volvió la idea de escribir el cuento. Nadie lo creería, dijo una de nosotras. La realidad no es un acto de fe, sentenció la otra.

En la esquina de mi casa han puesto una corona de flores para recordar al hombre a quien mataron anoche. Mi hija dijo que el muchacho no era de ninguna banda, que había salido a decirle al tío que su abuela lo llamaba para pedirle que comprara frijoles. Cuando el muchacho se acercó al grupo, pasó un auto de vidrios oscuros y disparó. Fue el único muerto.

Semanas después nos pidió que fuéramos a su departamento. Esta vez fue para hablar de Engracia. Nos costó imaginarlos caminando tomados de la mano por el barrio, mostrando el precario equi-

librio de su relación los días en que la nieve se convierte en lodo, o amparados por un pequeño abanico las tardes de verano enardecidas por la brea de la calle. La tristeza que meses atrás era agua sucia en su alma, se había asentado en el fondo y George finalmente pudo hablar de ella. Lo hizo con nostalgia, recordó sus manos pequeñas y frágiles, imposible de imaginar que estuvieran pegadas a ese cuerpo de ballena que le daba tanto trabajo mover. Habló largo rato y nos dimos cuenta de que un brillo extraño le apareció en los ojos. La llevaba dentro. Pero lo más triste no fue su nostalgia, sino que nunca antes lo vimos tan solo. Le dijimos que no habíamos traducido los papeles. No pudimos confesarle que los escritos de Engracia eran notas inconclusas, descripciones sueltas de la gente en el barrio, recortes incoherentes de vidas desperdigadas por su imaginación, adornadas con cierto atrevimiento, como piezas coloridas e inconexas de un collage hecho por una niña. No lo dijimos por vergüenza y porque decirlo habría sido suponer que la vida es otra cosa. No tuvimos que buscar excusas. Fue él quien dijo que no quería entender esos papeles. Durante el tiempo que le tomó hacer el duelo por la pérdida de Engracia, había decidido no conocer a la mujer escrita. Amé a la mujer que me enseñó a reír. No estoy dispuesto a conocer sus penas. Bajó los ojos y con una voz espesa dijo, a mí el amor me llegó tarde y me duró poco. Lo quiero recordar como lo que fue, no lo quiero llenar con otras palabras. Engracia no tuvo hijos, siguió. Vino de muy niña con sus padres y creció en Washington Heights cuando el barrio era otra cosa. Sufrió los rezagos de un territorio de obreros judíos e irlandeses que no veía bien a los dominicanos recién llegados y lo vio convertirse en el Quisqueya Heights. Era única hija. Ella y sus padres habían huido de algo que nunca contó, por doloroso o por horroroso. La madre murió de pena cuando Engracia apenas tenía catorce y el padre, en un acto de responsabilidad, resistió hasta verla sólida en su primer trabajo como maestra. Después de ese traslado desde su país, ella no se mudó de barrio. Ni de escuela. Ni se casó. Llevó la misma vida toda su vida,

hasta que la ciudad la mudó a este edificio de viejos. Entonces empezó a escribir y se contó la vida que supongo describen sus papeles. Así la conocí yo, como lo que fue aquí. Una diosa africana plantada entre un puñado de viejos.

Soy Analucía Chintolaya, nací en Loja-Loja. En Loja tengo muchos parientes, pero los que vivimos en Loja-Loja somos pocos. Miramos a los que viven en la ciudad de otro nombre como se miran las imágenes en el espejo. Al revés. Dicen que no nos entienden. Que no hay nada en común entre nosotros y ellos.

Pero lo único que nos hace distintos es que la mayor parte del tiempo, nosotros reconocemos la irracionalidad de las convenciones, al punto que hacerlo se nos ha vuelto una convención.

Tuve dos hijos, una hembra y un varón. Ellos viven en Loja, cada uno con su padre. Ahora que estoy a punto de transformarme en algo que no conozco, escribo mi testamento.

A mi hija Caridad, le dejo mis miedos, mis angustias. Para que aprenda de ellos y no le pase lo que a mí, que casi no me pasó nada en la vida, por miedo. Se los dejo porque los consejos, me he dado cuenta, no sirven para nada. A mi hijo Colón, le dejo mis ganas de reírme. Para que la nostalgia de la risa le permita buscar compañías alegres y que sepa conservarlas.

Al juez que firme este papel, le dejo mis dudas. Porque creo que esto no sirve para nada.

George había cambiado la decoración de su casa. En las paredes pegó a manera de posters las cajas de sus cereales favoritos. Nos explicó que en el edificio no permitían hacer orificios en las paredes. Así que todo lo había pegado con cinta adhesiva. Los mesones y repisas antes desocupadas, estaban decoradas con torres hechas con cajas vacías de té Lipton, de galletas Ritz, de mantequilla Landsend, de pasta de dientes Colgate, de jugo de naranja Tropicana. Las cajas

guardaban un imposible equilibrio. Era la decoración barroca de un supermercado de caricatura. Las paredes vacías se habían llenado de colores. Con genuino entusiasmo nos pidió que hiciéramos lo posible por publicar los papeles de Engracia. Quizá el material es suficiente para hacer una novela, dijo. O un libro de cuentos. Quedan algunos. Puso otra caja de metal similar a la anterior sobre la mesa y la empujó hacia donde estábamos nosotros. Este material es suyo. Volvió la idea de que la historia estaba para un cuento, aunque nadie nos la creyera. Teníamos la certeza de que la realidad no es un acto de fe, y que tampoco es suficiente para contar una buena historia.

Pasaron meses antes de volver a encontrar a George en el barrio. Volvimos a tomar té en el Hungarian, a caminar en la nave de Saint John the Divine. Nunca regresamos a su departamento, ni a hablar de Engracia ni de los papeles que aquella noche distante nos llevamos a casa como el Atlas lleva al hombro un mundo ajeno.

El espía

Dijo que era un espía. No usó la palabra detective, que hubiera sido más decorosa, tampoco la de traductor, que era la que correspondía. Su nombre estaba en todas las traducciones del Autor al polaco. Eso era lo que nos había reunido. Nos conocimos en un evento para celebrar al autor del Autor que había muerto hacía un poco más de un año y en aquella universidad de New York decidieron hacerlo con el encuentro de sus traductores.

Cuando terminó su presentación fuimos al bar, me dijo que su verdadero nombre era Nerón, aunque eso tampoco pude creerle. De todos los nombres romanos, aquel era el que menos virtudes invocaba y pensé que no podía ser el que sus padres escogieron sino el que él se atribuía. Hablábamos en castellano y él lo pronunciaba con perfecto acento madrileño. Había vivido ahí un año, aunque de eso hacía mucho, me explicó. Tuvo becas de estudio durante los turbulentos años de la caída de Gomulka y la subida de Glerek. Por un corto tiempo, en las reformas económicas que hizo Glerek, hubo algo de esperanza y Polonia abrió medio párpado hacia el mundo. Eran los 70 y él viajó a Madrid en plena euforia de la movida, para perfeccionar el idioma. Me explicó que fue ahí donde conoció la obra del Autor y eso despertó en él la pasión que lo llevó a embarcarse en esa misión inaudita de traducirlo.

La conversación recorría territorios bizarros porque no correspondía al ambiente de ese bar. Nos rodeaban hombres y mujeres vestidos de traje oscuro, con los cabellos brillantes, ellas; con cortes demasiado rígidos, ellos. Con blusas blancas de seda ellas, con corba-

tas a rayas ellos, abogados, corredores de bolsa, banqueros. Noté que todos habían dejado sobre las sillas vacías sus elegantes maletines de cuero y encima, doblados en dos, sus sobretodos oscuros cubriendo los maletines como a mascotas. Le comenté a Nerón mi incomodidad y le dije que debíamos buscar otro lugar, pero él me dijo que estaba equivocada. Que no era la atmósfera lo que determinaba la vida o la buena literatura —que para él eran lo mismo— sino la poesía de las situaciones y que todas la tenían. Me indujo a que observara el lugar, me retó a que encontrara algo o alguien que por el modo de moverse, de mirar, de estar en el instante, me diera la pista para describir ese bar de Midtown de tal manera que una persona que nunca hubiera estado ahí pudiera imaginárselo. Me di la vuelta y me quedé mirando con extrañeza a los personajes. Imaginé el drama de un muchacho de alrededor de veinticinco años sentado en una mesa con una mujer que rozaba el final de sus cincuenta. Los dos bebían Martini y entre sorbo y sorbo, de manera muy sutil, mientras parecía darle consejos, ella extendía su mano venosa de anchos anillos dorados sobre la mano blanca y casi lánguida del muchacho. Debajo de la mesa vi como él mecía su pierna derecha en cortos movimientos de arriba hacia abajo. Al poco rato entraron dos hombres con el mismo uniforme, sobretodo oscuro, corbata a rayas y maletín de cuero. Saludaron a la mujer con especial deferencia y al muchacho le dieron una palmada en la espalda. Ella levantó su melena rubia teñida con gesto de triunfo y el muchacho bajó la mirada.

¿Qué ves?, preguntó Nerón. Una mujer acosando a un joven, le dije. Un ser masculino acosando a un ser frágil, menos poderoso, vulnerable, me corrigió. Pero tú debes averiguar cuál es la necesidad del joven, o su ambición. Qué es lo que hace que permanezca sentado en esa mesa, porque hay algo que lo detiene. Hay una minúscula partícula que lo sujeta a esa silla porque él sabe que ella lo desea. Ahí está el resquicio de su poder. Depende de él —de él y su circunstancia— erigirse como un seductor y vencer, o dejar que sea el poder de

ella lo que determine su futuro. Eso que ves no es un acoso. Es un duelo. Presupones que tienen igual poder, dije incrédula. Lo tienen, dijo él. Sólo que uno de ellos no lo sabe.

Nerón habló como si estuviera impartiendo una clase de escritura y me resultó tedioso. En ese momento me arrepentí de haberlo seguido hasta ese lugar. Había ido porque tenía ganas de hablar con él porque, de todas las exposiciones de los traductores, la suya había sido la más provocadora. No había hecho, como los demás, una apología de la obra del Autor. Tampoco hizo una reflexión formulada sobre los límites de las palabras y la necesidad de entender los eventos de cada frase para poder pasarlos a otra lengua en la que, seguramente, las imágenes ocuparían escenarios distintos, como distintos serían el sonido, la sintaxis, el ritmo. No habló de sí mismo como el artesano que imita, ni como el eco que repite, ni siquiera como un intérprete con talento. Habló del traductor como alguien que atraviesa una habitación sin hacer ruido, sin dejar rastro, sin permitir que alguien lo perciba, como un fantasma. Aunque fantasma no es la mejor imagen, aclaró, porque cuando hablamos de fantasmas es porque ellos han hecho el esfuerzo de hacernos notar su presencia. El arte del traductor es el opuesto. Y terminó su exposición con la estocada final, yo no fui traductor sino espía.

Le dije que no quería seguir hablando de la señora. Que me interesaba la idea del espía que había mencionado en su charla. Volví a mi cerveza, él a su vodka. Hubo un silencio corto y retomamos la conversación. Dijo que antes de ser traductor había trabajado como escritor en negro de esos a quienes se les paga por escribir libros ajenos. Uno de esos escritores cuyos nombres nunca se publican y cuyas obras raramente son celebradas. Escribió libros para dos o tres políticos, pero me dijo que el trabajo más interesante fue escribir por pedido de una señora rica, lectora empedernida, culta y sofisticada. Pese a su amplio mundo de lecturas, a la señora no se le daban las palabras en el papel. Por eso lo contrató. Él escribió para ella tres relatos que

salieron enteros de su imaginación, ella sólo hizo comentarios simples sobre los personajes, y los hizo cuando estaban ya terminados. Los libros se publicaron como obras de ella. No dijo su nombre, pero comentó con cierta arrogancia que a su clienta no le había ido nada mal, que los libros seguían circulando, que la mujer ahora tenía casi noventa años y había “dejado de escribir”, pero me explicó que por generosidad de su clienta, él todavía recibía algo de dinero por ellos.

Le pregunté si no le interesó nunca escribir sus propios libros; me dijo que sí, que de hecho lo hizo. Pero que nunca los ha considerado propios. Que sólo pudo y supo escribir durante los años en los que tradujo al Autor. Que fue ese trabajo de traducción lo que abrió las puertas de su imaginación, las de su creatividad. Entonces me explicó que al traducirlo, entendió las historias por dentro. Fue como entrar a sus venas, embarcado en el vertiginoso recorrido de su sangre, en el pulso de su presión, en el bombeo de un corazón agitado, en la efervescencia de sus jugos gástricos y sus desechos. Me explicó que fue de esa intimidad con las historias del Autor de donde se desprendieron las suyas. Nunca fueron originales, nunca tuvieron el ímpetu primitivo de aquellas que había escrito el Autor, nunca pudo (ni buscó), como lo hizo el Autor, contar una historia universal. Lo suyo había sido el trabajo de quien encuentra en los materiales desechables algo que pudiera dar un nuevo uso a las situaciones, que reanimara a personajes que se habían agotado en las historias originales, pero que al estar deshebradas en una prolija traducción y establecidas en otra realidad —la suya comunista y polaca— él había podido escribir. Cuando terminó de decir esto su rostro se ensombreció. Reconocí en esa expresión a un hombre impotente que hablaba con envidia —no con nostalgia— del hombre que fue en la juventud. ¿Lo conociste?, me arriesgué a preguntar. Fuimos grandes amigos. Pero confieso que esa amistad fue culpa suya. Era un hombre generoso, ligero. Yo no habría sido capaz de ser amigo mío. Él sabía que yo era su espía, y cuando leía mis libros, reía y me decía, “Polaco, eres un hijo de puta”.

Si yo tuviera un arma, mataría al hombre que fui. Ese que fui no hubiese podido matar. El que soy ahora, sí.

¿Dejaste de escribir?, insistí. Quise indagar el origen de su amargura. Pidió su cuarto shot de vodka y me dijo que sí. Embistió en tono confesional —creo que el vodka lo ayudó— y dijo que desde que el Autor había dejado de publicar, él había dejado de escribir. Que había tenido un pedido de un joven político polaco que quería hacer su debut como intelectual para conquistar nuevos adeptos, y que ni siquiera eso logró poner en el papel. Era un libro periodístico. La investigación estaba casi completa, él sólo tenía que poner los datos en una buena historia, era un escándalo de malversación de fondos que había pasado en los últimos años de la Polonia comunista, pero que envolvía a personajes de la política actual. Pero no pudo hacerlo. Se había quedado estéril.

Era casi media noche y Nerón estaba borracho. La gente de negocios se había marchado. Entonces pudimos apreciar mejor la estética del pub, las mesas de madera, el tablero de dardos, los anuncios de cervezas irlandesas. Incluso la media luz se hizo placentera, estábamos casi en silencio. Sólo en el fondo había dos mesas ocupadas, una con tres hombres borrachos que seguramente se contaban las penas de amor. La otra con una muchacha joven que, al no enganchar a un banquero esa noche, se había resignado a la compañía de un hombre de pelo cano sin corbata a rayas, ni maletín ni sobretodo oscuro, que le hablaba mirándole los pechos.

¿Te das cuenta que no es la atmósfera lo que hace la vida?, dijo con cierto sarcasmo. Atrás de esas siniestras personas que llenaron este lugar, se fueron todas las historias posibles. Tú y yo nos quedamos encajonados en el relato de los perdedores. No quise sentirme aludido por su comentario y me dieron ganas de preguntarle si en la mesa donde estaba la muchacha y el hombre de pelo cano también se libraba un duelo, o si esa le parecía una simple y decadente escena de seducción. Pero Nerón estaba muy borracho para una disquisición de tal sutileza.

¿Qué hace un espía cuando se emborracha?, le pregunté sabiendo que de ahí en más la conversación sería una pendiente rocosa y en descenso. Los espías no beben, me dijo, tienen que estar alertas, como los traductores. Cada palabra cuenta, y una equivocación o un paso en falso es una derrota. Tienes que pisar la huella que sigues, imitando la textura, la profundidad, la dimensión, la cadencia de quien la dejó a su paso. En ese intento no puede haber un detalle que pase desapercibido, la separación entre una huella y otra, la distancia del recorrido, las pausas, todo tiene que ser lo más parecido al original. Si estás borracho, perdiste. Corres el riesgo de derramar líquido donde el autor describe desiertos, o inventar historias de amor donde lo que existe es despecho, imaginar belleza donde el hacedor pone duda, tu soledad te puede desviar el trecho. El traductor, como el espía, debe guardar su propia historia. Sólo al final de su hazaña se le revelará la íntima versión de los hechos. Fueron esas versiones las que me permitieron hacerme escritor, porque las fui contando en novelas, en cuentos, pero todas se desprendieron de mis recorridos por las obras del Autor y él lo sabía. ¿Sabes qué es lo más patético de todo? Que a mí me conocen como su traductor. Poca gente sabe que escribí ficción. ¿Y sabes qué? Cuando murió el Autor yo me di cuenta de que eso me sucedió porque fui un traductor traidor, porque un espía que obedece a dos jefes, es un traidor. El Autor tenía razón, soy un hijo de puta.

Era inútil seguir hablando. Más que borracho, Nerón había caído en un pozo de culpas no resueltas, como un maniaco que no logra encontrar un rayo de luz que justifique su existencia. Odiaba al hombre feliz que pudo ser y despreciaba tanto al que era que resultaba difícil comunicarse con él. Pero el alcohol lo hizo insistir. La escritura es un camino hacia adentro. Los temas son dos, o tres, la vida, la muerte y el amor, en todas sus formas. No podrás escribir de algo que sea distinto, pero debes recorrerte por dentro. Yo lo que quise fue conocer el recorrido de otro. Yo no hice literatura. ¿Entiendes?

El Autor fue tan generoso que hizo de mi traición algo todavía más brutal, porque aún a sabiendas de mi copia, él no dejó de brindarme su amistad. Una vez llegué a preguntárselo. Le dije si no temía que mi versión de sus 100 años perdiera espesura en el polaco. Lo increpé con un tono amenazante, quería entender por qué a sabiendas de mi parásita obra literaria, aún me daba a traducir sus textos. ¿Y sabes qué me dijo? Que nada motivaba una mejor traducción que la admiración de quien quiere imitarte; lo dijo y rió, porque ni si quiera se dio cuenta de lo humillante que fue su respuesta. Después llenó su vaso de ron y brindó. En eso nunca pude imitarlo. Yo prefiero el vodka.

Fiesta

Estas espinas no me gustan, dijo hablándome al oído, y dio la vuelta al macetero. ¿Qué dices, abuela?, preguntó Julián desde su cuarto. Está alistándose porque pronto llegarán Óscar, Gabriel, Iván y Juancho. Son los cuatro amigos con los que juega al fútbol en mis narices. Él no lo sabe, pero yo tengo mi preferido (Juancho). Pero supongo que hoy ni me mirará. Es cumpleaños de Julián. Cumple nueve, aunque ha vivido algunos más.

Aída, su abuela, nos visita seguido. Demasiado para mi gusto. Me da la impresión de que le estorbo. Siempre se queja del lugar que ocupo, de cómo estoy, de mi tamaño, de mi aspecto, de los tonos de luz que me opacan o me iluminan. Algo en ella no es natural, le dice a Beatriz quejándose de mí como si yo no la escuchara. Beatriz es la madre de Julián. Yo no le parezco natural, pero hay otras cosas que, de manera incomprensible, le son naturales. Por ejemplo, lo que pasa hoy. Un día extraño. Beatriz lloró mucho antes y supongo que llorará mucho después. Cuando Beatriz llora suele pararse muy cerca de mí, deja caer sus lágrimas saladas y me hace sentir el dolor enorme que la sacude. El roce con la dulce humedad de esas gotas saladas me causan un sobresalto de placer y al mismo tiempo me atormenta la pena de verla sufrir. Es la naturaleza del amor.

Adrián, el padre de Julián, se fue de la casa hace poco más de un año. Una noche, de las tantas en las que se los escuchaba gritándose en voz baja como si Julián no lo hubiese notado, él finalmente confesó que no quería estar aquí. Que tenía que partir. Que su vida estaba en otro lugar. Que era mejor irse que estar a medias. Metió sus cosas

en una maleta y se fue. Dejó a Beatriz parada en medio de la sala pellizcándose las manos, la boca medio abierta y los ojos achicados por el intento de mirar más allá de lo que veía sin llegar a comprender. Así empezó a sufrir. Yo había llegado hacía poco y no entendía nada, o casi nada de lo que pasaba. Al principio, como a todos, me costó aprenderme los nombres, conocer sus voces, reconocer sus gestos. Adrián y yo convivimos poco. Él fumaba mucho y tecleaba en su teléfono compulsivamente. Tuve tiempo, sin embargo, para reconocer en él un hombre nervioso, tierno con el hijo, aunque impaciente. Las conversaciones con el niño duraban menos que su afán por teclear en su teléfono. Mientras vivimos bajo este techo, lo vi salir temprano a su trabajo, regresar a la tarde, hacerse cargo de la compra del día, retirar a Julián de la escuela y esperar a que llegara Beatriz para que hiciera el resto: la preparación de la comida, la negociación con Julián y la tarea, la puesta en orden de la ropa, de los platos, de los libros. Por eso me costó entender la urgencia de su partida, si cuando estaba ella él no hacía casi nada. Sí. Esa fue una de las cosas que Aída juntaba con la palabra natural, siempre en un tono de queja. Es natural hija que te toque el trabajo más duro en la casa, es natural hija que Juliancito prefiera hacer la tarea contigo, es natural hija que te angusties, es natural hija, los hombres son así. Las palabras de Aída son más de condena que de consuelo. A mí siempre me ha parecido que Aída se regodea con la tristeza de la hija, un placer que no llevo a distinguir de dónde sale o qué alimenta. Quizá es que su hija no puede alcanzar la felicidad que ella no tuvo. En esas vidas pequeñas que llevamos todos, está claro que Aída siente que construir complicidad con su hija es sólo posible en la desgracia.

Cuando Adrián se fue sin aspaviento y dejando a Beatriz en vilo parada en medio de la sala, Aída no dijo que fuera natural, pero llegó a decir que “suele pasar”, que los hombres se cansan de la vida doméstica. Pero Adrián, supongo, no fue a vivir en la calle, ni en una oficina, ni en un centro comercial; fue a otra casa donde habrá

otro ritmo, pero donde también regirá lo doméstico. ¿De qué otro modo se vive?

Es fácil cansarse cuando sabes que otros hacen el trabajo que tú dejas a medias. Creo que por eso Aída y yo no nos entendemos. De su esposo no sé ni el nombre; Beatriz lo llama papá, Aída lo llama papito y Julián Ito. Me causa problema entender su manera de hablar inhalando y, la verdad, hasta me da pereza esforzarme en seguir el ritmo gruñón con el que se comunica. Lo hace hasta con Julián, a quien dice, aspirando las sílabas, que adora.

Los padres de Adrián venían poco. Ella es una señora con una gran capacidad para escuchar a Aída. Pobre santa. Él es bullicioso, alegre. Parece estar siempre de fiesta. Cuando se fue Adrián, no volvieron más. Entiendo que Julián va a pasar algunos domingos en su casa cuando su padre lo lleva. Cuando vuelve de esa visita siempre está de buen humor, como el abuelo.

Entonces hoy, después de un poco más de un año de que Adrián se fue, todos vienen a casa de Beatriz a celebrar el cumple de Julián. Beatriz ha decidido reunirlos porque son los amores del niño y no quiere quitarle la oportunidad de verlos juntos. Nadie me incluyó a mí en la lista de invitados y si me hubiesen preguntado, habría preferido no estar aquí presenciando cómo todos hacen de cuenta que no ha pasado nada y pasean por encima de la vida de Beatriz como si fuera una alfombra... Es natural, diría Aída, quien trajo los sánduches; la mamá de Adrián dijo que haría el pastel. Los abuelos, cada uno, trajo un vino y se sumaron la hermana de Beatriz, los hermanos de Adrián, toda gente que veo poco. Los invitados principales, por su puesto, Óscar, Gabriel, Iván y Juancho llegaron alborotados, con sus zapatos de fútbol y lanzando las pelotas en el aire, a lo que Aída reaccionó, “no con la pelota dentro de casa”. Juancho pasó y me saludó. El único. Luego llegó Adrián, aquel que se fue de la casa sin mayor explicación, que decidió romper la convivencia con Beatriz y Julián porque, porque..., en verdad no sé esta parte de la historia. No la en-

tiendo. Sólo puedo hablar de ella a través de las lágrimas de Beatriz, y no creo que contar una historia desde las lágrimas de la protagonista sea una buena manera de hacerlo.

Desvío: Las lágrimas de Beatriz.

Tienen su historia propia, yo sólo descifro sus sabores. A veces cuando llora Beatriz frunce la boca en un arco amplio que parece tomarle toda la cara, y por sus lágrimas se nota que se quiere poco. Entiendo que cuando alguien nos deja, pensamos que hemos perdido nuestra capacidad de ser queridos. Yo sentí eso cuando llegué a esta casa. Pero esa es otra historia. Además, enseguida recibí los cuidados de Beatriz y me cambió la vida. Otras veces Beatriz llora emitiendo unos sonidos guturales y las lágrimas saben a rabia. Entiendo que cuando alguien nos deja lo odiamos. Otras veces Beatriz no llora con lágrimas, pero me doy cuenta de que las exprime en el pecho. Entiendo que a veces no lloramos porque no terminamos de entender lo que sucede. Pero las veces que más me cuesta entender a Beatriz es cuando llora mirando a Julián. No lo hace delante suyo, lo hace frente a su foto, o cuando él está afuera con Juancho, pateando la pelota. Entonces su llanto tiene un sabor a frustración o impotencia y esa tristeza me cuesta entender. Puedo decir que sus lágrimas son dulces.

Regreso.

Entonces, la historia así como la entiendo yo es que Adrián se fue. Pero que Beatriz quiere que Julián no sienta que esa ausencia doméstica signifique que el mundo de sus seres queridos está de alguna manera partido (aunque lo está). Que Beatriz enmienda la partida de Adrián invitándolo a él y a sus padres a la fiesta del niño y como música de fondo los comentarios de Aída le dicen que no sufra, que no se angustie, que por algo ella es la madre del niño, que hace bien. Y ahora soy yo quien tiene que presenciar la cara de pollo mojado de Adrián y el estremecimiento de Beatriz al verlo parado en la cocina de la que fue casa de los dos y ahora es casa de ella, él con un gesto torpe de huésped y padre de familia, invitado e intruso. Y tengo que

concentrarme para poder entender lo que dice Julián, que suele hacer chistes amargos sobre lo que pasa alrededor. Un sentido del humor que heredó del padre, como heredaré, supongo, la idea de que es “natural” que su madre enmiende la ausencia del padre.

Entonces llega el momento de la piñata. Y Adrián, comedido, quiere acomodarla, pero el padre gruñón de Beatriz dice que deje, que lo hace él. Y Adrián lo ve con incredulidad, porque el hombre está viejo y lo normal sería que la cuelgue él, que es más joven. Pero el padre de Beatriz parece ser el único que entiende que este festejo es también una enmienda a la decisión del ex yerno, que está pagando su hija, y no quiere que Adrián tenga ningún protagonismo en el festejo del niño, y quiere ser el hombre que se para a proteger a su hija y por eso se toma la historia de la piñata de manera personal y vocalizando de manera perfecta las sílabas, le dice, no-te-preo-cu-pes-Adrián. Y la madre de Adrián lo nota y no dice nada y Aída quiere estrangular a su marido porque siempre es él quien hace problemas donde no los hay. Beatriz no lo escuchó. Aída se va a la cocina a calentar los sánduches. Adrián petrificado. Se parece a mí, le salen espinas del cuerpo.

Beatriz ahora es la reina, comanda la nave de los parientes con una destreza impresionante. Apaga la música y atenúa la luz, llama a los niños para cantar el cumpleaños feliz, enciende las velas, ríe, abraza al hijo. Toma las fotos con sus amigos, con sus abuelos, con sus tíos. Adrián es un jugador en el banco de suplentes. Aída lo nota. Se aleja de él con el sigilo con el que una se aleja de un animal venenoso. Cuando ya todos han posado con el cumpleaños, Julián repara en su padre que sostiene con su espalda la columna del comedor. Papá, le dice, no te tomaste una foto conmigo. Beatriz, con una sutileza de gato, deja la cámara y dice que va por más sánduches a la cocina. ¡Qué maestra! La cámara queda sobre la mesa como un testigo que no se anima a dejar su testimonio. Nadie la toma. Juancho, tan lindo, le dice a Julián que vayan a terminar el partido inconcluso. Nos tomas una foto, dice Adrián, que ha quedado con el abrazo de su hijo parti-

do por una pelota de fútbol. Ahora Juliancito está más pendiente de sus amigos que salen que de la foto con su papá. Beatriz regresa con los sánduches cuando los niños se avientan por la puerta como una bandada feroz. Los mayores siguen comiendo, toman cerveza, vino, y de pronto empiezan a moverse de otra manera. Buscan los bolsos, agarran las llaves de los autos y Beatriz dice que pedirá a Juliancito que abra sus regalos con la familia y los amigos, para que les pueda agradecer. Llama a los niños y pone los regalos sobre la mesa. El rompecabezas de 1000 piezas, el balón de fútbol con el logo de su equipo, la camiseta. Adrián se para detrás de una caja enorme. Julián la abre y es una play station que tantas veces había pedido a sus padres y que Beatriz y Adrián habían decidido no comprar. Temían que el aparato se apoderara del amor que Julián sentía por la naturaleza, por el fútbol. Era él quien más se oponía a darle ese regalo al hijo, y ahora lo ponía en el centro del salón. Julián abre los ojos con un gesto de felicidad, y Beatriz se acerca al niño y con una astucia que no sé de dónde le sale, le dice que se han puesto de acuerdo en darle ese juguete que él tanto desea, atribuyéndose un gesto que no es suyo, una compra que no salió de su bolsillo y una decisión sobre la vida del niño que Adrián tomó sin consultarle. Pero que la condición es que no se usa entre semana. Esa chica es una reina y Adrián no se atreve a contradecirla.

Los mayores empiezan a recorrer el círculo de las despedidas. Empiezan los padres de Adrián. Noto en Beatriz una contrariedad. No le ha sido fácil esquivar ese golpe que Adrián mandó. Esta es la continuación de esas actitudes de Adrián con las que quiere derribar a Beatriz en gestos que a la vez son halagos para el niño. Si esa es la naturaleza de Adrián, Beatriz libró una batalla de la que salió victoriosa. Después se despidieron los tíos de Juliancito. Aída recoge vasos, platos. Alguna que otra servilleta enroscada en restos de torta, de los sánduches, de los helados. Todo va quedando limpio y Adrián se resiste a reconocer lo que significa no pertenecer.

En ese momento llega la madre de Gabriel y el niño entra con la pelota en las manos. En un movimiento torpe se le cae y llega hasta donde estoy yo... ¡¡¡Ahhh!!!, me ha mandado contra el piso, ¡plucl!, se rompe el platito que me sostiene, desde el piso escucho a Aída celebrar mi caída. Es hora de que te deshagas de ese cactus, le dice a Beatriz, las plantas con espinas son de mal agüero. ¿Y qué son los hombres como Adrián?, le pregunto a gritos sin que me escuche. Por suerte en ese momento entró Juanchito. No me la toquen a ella (no se por qué cree que soy femenina). Es la cómplice de mis mejores goles. Beatriz ríe. Me vuelve a poner en sitio; lo hace con delicadeza y vierte sobre mi tierra un poco de agua con gotero. Sólo yo sé que el amor de Beatriz por Julián es más grande que su orgullo. Sólo yo reconozco que la brecha que Adrián abrió en la familia la repara Beatriz pese a ella y lo hace porque quiere que su hijo no guarde rencor contra el padre, porque todo niño necesita idealizar al padre, porque quiere que su hijo sienta que, aunque viviendo separados, puede disfrutar de su mamá y de su papá. Que su universo puede seguir siendo el mismo. Sólo yo sé que no hay nada natural en ese gesto, ni es obligatorio, ni es normal. Es la grandeza de Beatriz que es mayor aún porque para toda la familia es invisible.

Printed & Bounced by The Country Press, Inc.
P. O. Box 489
Middleborough, MA 02346-0489

Le pregunté si no le interesó nunca escribir sus propios libros, me dijo que sí. Que de hecho lo hizo. Pero que nunca los ha considerado propios. Que sólo pudo y supo escribir durante los años en los que tradujo al Autor. Que fue ese trabajo de traducción lo que abrió las puertas de su imaginación, las de su creatividad. Entonces me explicó que, al traducirlo, entendió las historias por dentro. Fue como entrar a sus venas, embarcado en el vertiginoso recorrido de su sangre, en el pulso de su presión, en el bombeo de un corazón agitado, en la efervescencia de sus jugos gástricos y sus desechos. Me explicó que fue de esa intimidad con las historias del Autor de donde se desprendieron las suyas. Nunca fueron originales, nunca tuvieron el ímpetu primitivo de aquellas que había escrito el Autor, nunca pudo (ni buscó), como lo hizo el Autor, contar una historia universal.

Gabriela Polit Dueñas es profesora en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Texas, en Austin. Ha escrito relatos cortos y, por momentos, le parece que es muy corto el tiempo que se da para escribir relatos.



literalpublishing

